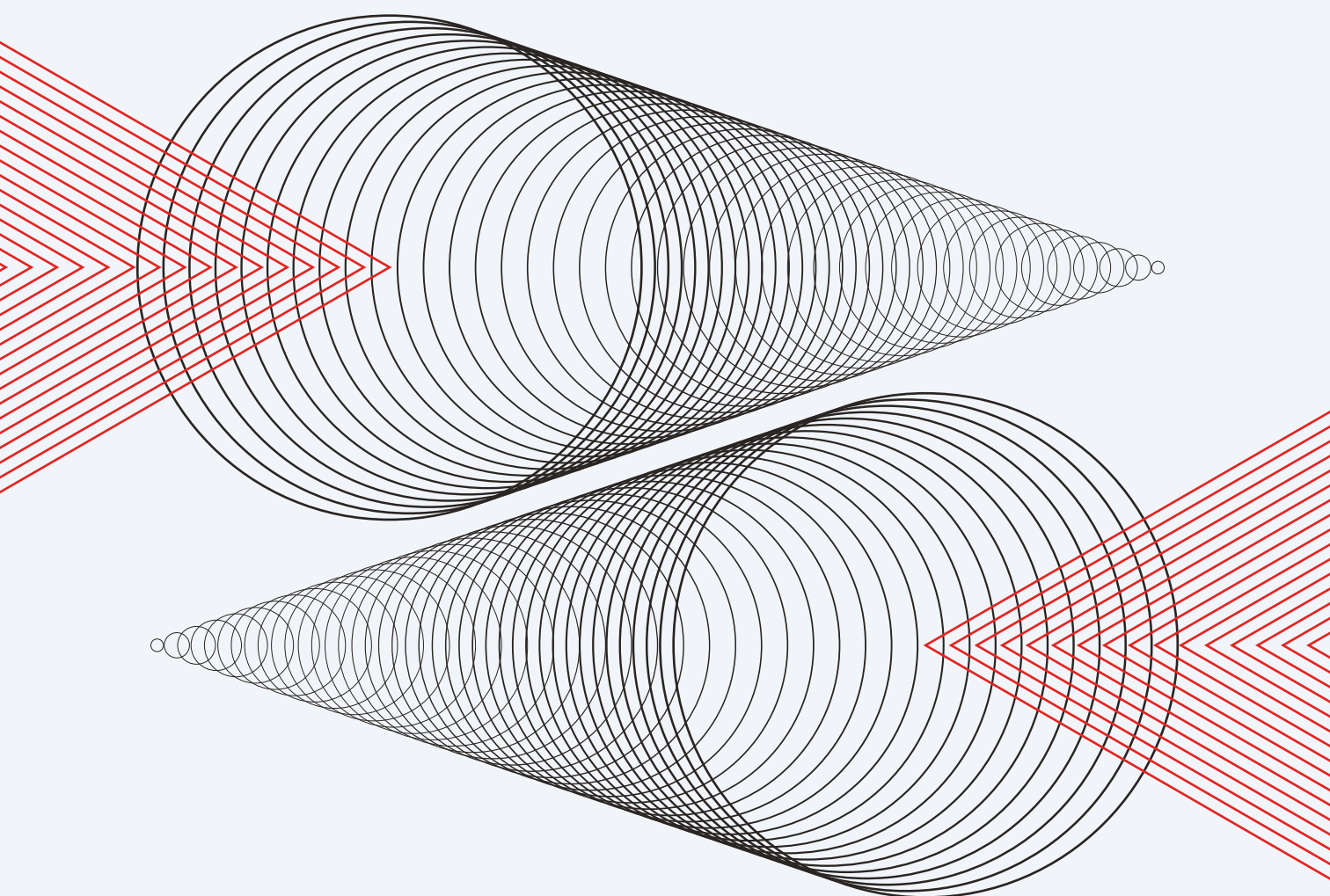


#40 / 2023 JUNIO

arteka



**GUERRA E
IMPERIALISMO**

GEDAR

— **N**os encontramos con que quienes defienden la inevitabilidad de la guerra en el capitalismo, no lo hacen como punto de partida necesario del internacionalismo proletario y la estrategia socialista, sino que como medio de absolver a uno de sus participantes, en este caso Rusia, al que identifican como liberador de pueblos y no como actor imperialista (¿puede haber una guerra imperialista si las potencias en disputa no son ellas mismas bloques monopólicos de capital, esto es, bloques imperialistas en disputa?). Se acepta esa inevitabilidad como fatalidad, y simplemente se elige bando.

Otros, en cambio, presentan la guerra como producto de la maldad de Putin y los rusos y, ante ello, nada puede hacerse, pues es una maldad innata.

Contenido

6

10

26

46

EDITORIAL

Arteka

**Guerra e
imperialismo**

REPORTAJE

Alex Fernández

**Imperialismo y
revolución: el debate
socialdemócrata
sobre el capitalismo
avanzado**

COLABORACIÓN

Pablo C. Ruiz

**Imperialismo y
lucha de clases.
Apuntes sobre la
guerra en Ucrania**

REPORTAJE

Naia Gurrutxaga

**Debates del siglo
XX acerca del
imperialismo:
acerca del cambio
de posición de
los partidos
socialdemócratas**

Guerra e imperialismo

Editoriala

Los grandes debates siempre están precedidos por grandes acontecimientos. No surgen de ningún tipo de relación de la ideología consigo misma, procesada por una mente brillante, tal y como algunos pretenden; tampoco de un simple despliegue conceptual del conocimiento más alto adquirido hasta la fecha, como si este fuera una fuente inagotable que emana de la naturaleza. Los debates son siempre momentos de la práctica en los que se dirime acerca de la misma. Ese es, también, el caso del debate en torno al imperialismo, surgido al calor de la guerra entre las grandes potencias mundiales. Debate que no tiene como objetivo, claro está, la sola clarificación conceptual, como si de un fetiche por el saber se tratara –y quienes participan en él científicos del saber o sabiondos–, sino que tiene como objetivo la claridad conceptual como medio clarificador de la estrategia política a desarrollar.

Es por eso por lo que solo en determinadas circunstancias el debate político es tal, y no lo es, desde luego, cuando se trata de un compromiso único con el saber. Tampoco es un debate político aquel que se desarrolla en círculos en torno a unas tesis determinadas y que afirma que el punto de partida de la práctica es la ideología, y que hasta entonces no hay lucha de clases que valga. Si hay un balance, ese es el que debemos ejercer en la lucha contra nuestro enemigo de clase, y no contra fantasmas del pasado. O, dicho de otra manera, si recuperamos debates pasados y nos nutrimos de ellos, eso solo puede ser porque el presente nos lo impone como medio de organización. Y oponerse al enemigo solo es posible, también en el plano de la teoría, si esta es el momento de la verdad de la organización comunista.

Si recuperamos debates pasados y nos nutrimos de ellos, eso solo puede ser porque el presente nos lo impone como medio de organización. Y oponerse al enemigo solo es posible, también en el plano de la teoría, si esta es el momento de la verdad de la organización comunista

El debate, dado en tales circunstancias, como debate político, genera posiciones polarizadas y enemistades políticas. Si no, no sería un debate, sino que un simple camino hacia el saber abstracto. Pero esas enemistades no son reductibles a rencillas entre individuos, sino que implican la lucha entre formas de organización opuestas y una guerra efectiva que se realiza como despliegue de la lucha de clases, y no como un simple debate que antecede absolutamente a la práctica.

La guerra imperialista iniciada en 1914 inauguró la enemistad política entre el comunismo y la socialdemocracia, tal y como hoy día la conocemos. La clarificación en torno al imperialismo supuso la clarificación de la estrategia comunista frente a la guerra y, por supuesto, frente a la socialdemocracia nacionalista, que se replegó a la defensa de su estado nacional en oposición a la naturaleza de la IIª Internacional.

Las consecuencias de la guerra fueron nefastas para el movimiento socialista. La bancarrota de la Internacional supuso el aislamiento de los comunistas y el repliegue, frente a una guerra que se extendía, para poder repensar la estrategia y poder rearticular el comunismo como política de vanguardia de la clase obrera. Es por ello que los debates en torno al imperialismo tuvieron un contenido político muy evidente. No se trataba simplemente de la caracterización del fenómeno de manera aislada, sino que de la coyuntura política que se abría con el mismo, esto es, de las posibilidades que se abrían para la revolución socialista.

La ruptura de lo que hasta entonces se englobaba en la socialdemocracia, y que abriría el camino hasta la diferenciación entre socialdemócratas y comunistas, no fue producto de una concepción diferenciada sobre el imperialismo, sino, muy al contrario, de dos posiciones diametralmente opuestas en torno al mismo: por un lado, los que apoyaron a su burguesía en la guerra imperialista, bajo la bandera del «defensismo»; y por el otro, quienes defendieron el internacionalismo proletario frente al repliegue nacionalista y la subordinación del proletariado a la burguesía, bajo la bandera de la ofensiva y de la guerra civil contra la burguesía.

La ruptura de lo que hasta entonces se englobaba en la socialdemocracia, y que abriría el camino hasta la diferenciación entre socialdemócratas y comunistas, no fue producto de una concepción diferenciada sobre el imperialismo, sino, muy al contrario, de dos posiciones diametralmente opuestas en torno al mismo

Lo que estaba en juego con la clarificación conceptual no era, por ello, el futuro despliegue de una posición política, sino que, al contrario, su afirmación como posición que antecede a la clarificación conceptual. Esto es, ese debate tan solo fue posible porque ya desde antes del debate había dos sujetos políticos que se enfrentaban en la arena y subordinaban el momento teórico a sus necesidades organizativas.

La referencia adquirida por Lenin en el debate en torno al imperialismo no se debe solo a su capacidad de sintetizar los debates dados en torno al mismo, sino que a su faceta organizadora en el plano de la política, en lucha directa contra la guerra imperialista y sus secuaces en el movimiento obrero. La teoría de Lenin adquiere valor y vigencia porque era un elemento unificador de la práctica bolchevique. Es por ello por lo que preservar sus elementos centrales se convierte en una tarea indispensable, también a día de hoy, incluso si tan solo fuera para preservar la ética del comunismo y su valor como programa revolucionario.

Esa tarea implica defender el núcleo del pensamiento de Lenin, su gran verdad: la revolución socialista y la política revolucionaria como elemento principal a preservar en el análisis de la realidad concreta. En cambio, muchas de las críticas que ha recibido la concepción de Lenin en torno al imperialismo, resumido este como fusión monopólica de capital industrial y capital financiero, tienen como resultado, precisamente, la abolición de la política en el núcleo de la crítica al imperialismo, mediante la abolición del elemento central del monopolio como poder omnipotente. Y es que, si algo pretende resaltar el monopolio en la teoría de Lenin, eso es que aquello del «dominio impersonal del capital» es una abstracción que adquiere forma concreta no en la relación social entre personas indeterminadas, sino en la subordinación del proletariado por la burguesía —y por lo tanto, que la guerra no es una simple ley de mercado, que tiene responsables y que hay que organizarse contra los mismos; hacerles la guerra civil—.

Si algo pretende resaltar el monopolio en la teoría de Lenin, eso es que aquello del «dominio impersonal del capital» es una abstracción que adquiere forma concreta no en la relación social entre personas indeterminadas, sino en la subordinación del proletariado por la burguesía –y por lo tanto, que la guerra no es una simple ley de mercado, que tiene responsables y que hay que organizarse contra los mismos; hacerles la guerra civil–

Empero, la abolición de la política en el núcleo de la teoría no implica la eliminación del sujeto en general, sino que la indeterminación del sujeto dominante, y con ello la imposibilidad del sujeto comunista. Así, las guerras son explicadas como producto de mentes malas, cuando no innatas al sexo masculino, casi convertidas en objeto de estudio de la biología; incluso como acontecimientos cuasi naturales, que surgen por motivo del capitalismo, pero de un capitalismo abstracto que es imposible de traducir a las disputas concretas entre bloques de capitalistas. Por ello, la inevitabilidad de la guerra está unida a la voluntad popular por la elección de buenos representantes, que, por alguna extraña razón no se da, haciéndolas inevitables, como inevitable parece ser la maldad del ser humano; o simplemente son inevitables, por ser producto de una naturaleza imposible de comprender.

Parece ser que esos casos se repiten también en la guerra de Ucrania. Por un lado nos encontramos con que quienes defienden la inevitabilidad de la guerra en el capitalismo, no lo hacen como punto de partida necesario del internacionalismo proletario y la estrategia socialista, sino que como medio de absolver a uno de sus participantes, en este caso Rusia, al que identifican como liberador de pueblos y no como actor imperialista (¿puede haber

una guerra imperialista si las potencias en disputa no son ellas mismas bloques monopólicos de capital, esto es, bloques imperialistas en disputa?). Se acepta esa inevitabilidad como fatalidad, y simplemente se elige bando.

Otros, en cambio, presentan la guerra como producto de la maldad de Putin y los rusos y, ante ello, nada puede hacerse, pues es una maldad innata.

En cualquiera de sus versiones, por la incapacidad de comprender el imperialismo y lo central de las tesis de Lenin en torno a la guerra imperialista, la guerra se convierte en un fenómeno inabarcable. Retroceder a Lenin y a su lucha se convierte en un medio para poder enfrentarse a las posiciones legitimadoras de la guerra, una vez más replegadas a la bandera del «defensismo»: defendernos contra la maldad rusa, o defender a Rusia frente a la maldad de Occidente. En definitiva, nacionalismo y reacción, y abolición del internacionalismo proletario, cuya consigna es clara: guerra al capital y a los capitalistas. ●

IMPERIALISMO Y REVOLUCIÓN: el debate socialdemócrata sobre el capitalismo avanzado

10

Texto — **Alex Fernández**

Imagen — **Zoe Martikorena**

El imperialismo es, en su acepción más vaga, consustancial a la civilización humana; consustancial, dicho en términos marxistas, a la historia de la lucha de clases. La inercia hacia la expansión de la cultura propia, de su sistema de normas y creencias, sobre territorios bárbaros aún por civilizar puede retrotraerse a Babilonia, Egipto, Grecia o Roma. Es a esta última a la que debemos el arsenal mitológico que todos los imperios posteriores iban a poner a su servicio, empezando por el propio término *imperium*, que en su acepción latina original significó dominio y poder de mando militar. Zar o Kaiser, expresiones con las que se hacían conocer las máximas autoridades de los imperios ruso y alemán hasta una fecha tan reciente como el siglo pasado, son ambas derivaciones de la palabra latina *Caesar*, o sea, César, emperador.

En la época en la que los revolucionarios socialistas comenzaron a elaborar una teoría marxista del imperialismo, las estructuras de poder establecidas se asemejaban más, al menos en su superficie, a los imperios tradicionales que a imperios «posmodernos» como el chino o el norteamericano. Además de los ya mencionados ruso y alemán, a comienzos de siglo XX se extendían sobre tierras europeas el austrohúngaro y el otomano. Las monarquías británica o belga, igual que la república francesa, eran todavía importantes imperios de ultramar, del mismo modo que lo había sido hasta entonces un imperio español que sólo recientemente había terminado de caer en desgracia. Hizo falta una guerra mundial y una ola de revoluciones proletarias –que afectó, y no por casualidad, a Rusia, Hungría y Alemania– para normalizar el modelo político y cultural de los estados-nación tal y como lo conocemos en la actualidad. Hasta ese momento, y durante toda la Edad Moderna, lo normal había sido lo contrario: un modelo de integración política basado en unidades administrativas territorialmente extensas y en constante perspectiva de expansión, en las que necesariamente convivían grupos étnico-lingüísticos muy diferentes entre sí.

A pesar de esta aparente continuidad entre los imperios europeos de comienzos de siglo y el común de los imperios precedentes, la transformación que estaban experimentando las sociedades occidentales indujo a los teóricos del socialismo a una reflexión sobre la forma *específicamente capitalista* que estaba comenzando a adoptar el imperialismo de su época. Al igual que, como nos recuerda Marx en su *18 de Brumario* ^[1], los revolucionarios franceses personificaron la emergencia inadvertida de un nuevo modo de producción enmascarados bajo la *románitas* de Bruto y Graco, los *césares* de comienzos del siglo XX parecían estar escenificando la decadencia y crisis definitiva de esta misma formación social. Se trataba de entender, por tanto, las razones económicas que subyacían a este proceso de intensificación de las contradicciones sociales. Más concretamente, lo que los teóricos del socialismo trataron de conceptualizar fue el conjunto de síntomas relativamente inéditos que fueron agrupados bajo la etiqueta de «imperialismo». Esta conceptualización, además, debía darse, no mediante su atribución a las intrigas palaciegas de los grandes hombres de la historia, sino a partir de las determinaciones internas del modo de producción capitalista. Este artículo presenta un pequeño repaso de algunos de los principales intentos que se han realizado en esta dirección, y ello con el fin de situar el sentido de la categoría de imperialismo dentro del marco estratégico y táctico del marxismo revolucionario ^[2].

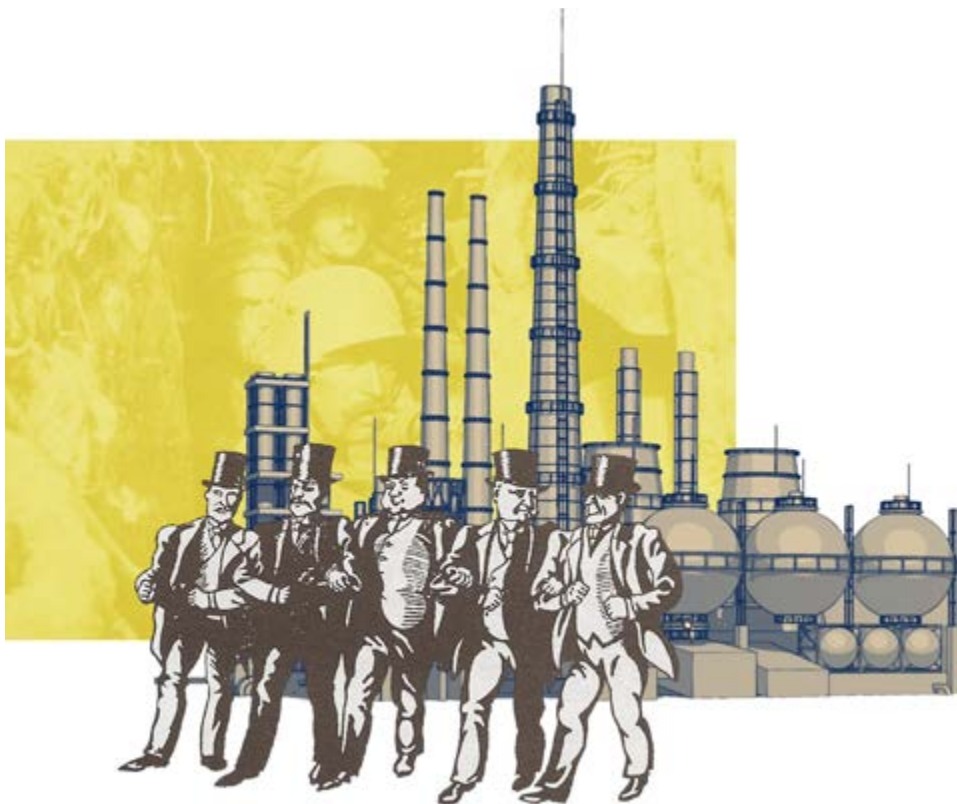
La primera cuestión reseñable es que ni Marx ni Engels utilizaron jamás el término «imperialismo» en el sentido científico que posteriormente acabaría adquiriendo. No se puede encontrar en su obra, más allá de notas y artículos dispersos sobre Irlanda, India o China, una teoría mínimamente sistemática del imperialismo como fenómeno característico de este modo

de producción. Lo más cercano a una teoría similar son las páginas que ocupan el último capítulo de *El Capital*, «la teoría moderna de la colonización» ^[3] donde Marx explica cómo ha de comportarse el capital cuando de lo que se trata es de modificar las condiciones de la producción social en las colonias, es decir, en los territorios en los que deben crearse *ex nihilo* relaciones de producción propiamente capitalistas. Los sucesores inmediatos de Marx y Engels, agrupados alrededor del Partido Socialdemócrata Alemán y la Internacional Socialista, tampoco iban a prestar especial atención, al menos en un sentido teórico, al problema del imperialismo. Sólo a partir de 1907 comenzó el intento de aplicar a esta cuestión el marco teórico marxista, ^[4] un marco teórico, como veremos, que será a su vez modificado y adaptado a la realidad de la nueva coyuntura.

La primera cuestión reseñable es que ni Marx ni Engels utilizaron jamás el término «imperialismo» en el sentido científico que posteriormente acabaría adquiriendo

Un evento crucial que media en este creciente interés por el problema fue la revolución rusa de 1905. La revuelta popular de 1905 es significativa por dos aspectos internamente vinculados. El primero es que esta revolución no habría sido posible sin el conflicto militar entre el imperio ruso y el japonés, que tuvo lugar entre 1904-1905, y que Lenin incluye entre los «principales jalones históricos de esta nueva época de la historia mundial» ^[5]. El segundo aspecto es que la revolución rusa de 1905, con su empleo de la huelga de masas y la creación espontánea de unidades administrativas democráticas –los famosos consejos o sóviets–, ocupó la atención de la socialdemocracia europea durante los años inmediatamente posteriores, que vio en ella un campo de experimentación en el que nacieron recursos de lucha potencialmente universalizables. Comenzaba así a perfilarse una suerte de simbiosis entre el contexto de creciente tensión imperialista y la posibilidad política de una ofensiva organizada sobre el Estado y el capital. Al menos así se empezó a interpretar desde las filas del socialismo, en el que de aquí en adelante comenzó a circular la tesis de que aquella era una época de «actualidad de la revolución». El concepto de imperialismo, por lo tanto, no aspiraba a ser solamente una herramienta para conocer las condiciones de un nuevo contexto económico. Apuntaba, ante todo, hacia la definición teórica de un concepto estratégico desde el que reformular la táctica de la revolución y las formas de organización correspondientes.

Así lo expresó implícitamente Rosa Luxemburgo en *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906) ^[6]. Pensar en nuevas formas de intervención política inspiradas en la reciente experiencia rusa exigía incorporar una lectura de las condiciones sociales modificadas sobre las que aquellas iban a ser proyectadas. En *Huelga de masas, partido y sindicatos*, de hecho, «imperialismo» y «crisis» se presentan como categorías referidas a una misma rea-



lidad histórica y, por ende, como categorías intercambiables. Si bien el libro de Luxemburgo, señala que por ejemplo Gramsci, ^[7] establece una relación quizá demasiado directa entre las condiciones económicas –en este caso la crisis y el imperialismo– y los procesos políticos –la revolución proletaria–, su intención básica, que seguía siendo la de aportar una comprensión de la acción revolucionaria como consumación de sus propias condiciones sociales de posibilidad, apunta claramente en la dirección correcta. El imperialismo, entonces, representaba para Luxemburgo la expresión más nítida de la crisis a la que necesariamente conduce la acumulación del capital. Esta, a su vez, aparece como la base histórica y social sobre la que resultaba objetivamente posible la transformación revolucionaria de las viejas relaciones de producción.

El concepto de imperialismo, por lo tanto, no aspiraba a ser solamente una herramienta para conocer las condiciones de un nuevo contexto económico. Apuntaba, ante todo, hacia la definición teórica de un concepto estratégico desde el que reformular la táctica de la revolución y las formas de organización correspondientes

Ya en su famoso panfleto *Reforma o revolución* de 1902 –en el que, dicho sea de paso, la crisis del capital se presenta como condición *sine qua non* de la acción revolucionaria– identificó en la política mundial y el movimiento obrero los dos grandes temas de los Estados de su época, entendida como fase determinada del desarrollo del capitalismo internacional ^[8]. El militarismo, según la revolucionaria polaca, ya no era un accesorio contingente de la economía capitalista, sino un resultado necesario de su dinámica interna. Ya no era, dicho de otra forma, una *premi*sa para la evolución del modo de producción capitalista y un acicate de su expansión inicial, sino una *conclusión* lógica de su desarrollo consecuente y, en esa medida, el rumor que permitía presagiar la inminencia de la barbarie. En cualquier caso, no será hasta 1913 cuando Luxemburgo presente una teoría sistemática de la crisis y el imperialismo en *La acumulación del capital*, una obra cuyo objetivo declarado es aportar una base científica para la lucha contra el imperialismo ^[9].

Su teoría de la crisis –o del colapso, como en ocasiones se la ha seguido denominando– contaba con méritos notables, alguna confusión conceptual y un gran defecto teórico de fondo. Una de las virtudes que merece la pena señalar, y cuya vigencia se mantiene intacta hasta el día de hoy, consiste en su idea de que «las raíces económicas del imperialismo residen, de un modo específico, en las leyes de la acumulación del capital, debiendo ponerse en concordancia con ellas» ^[10]. Su obra, que marca época en la historia intelectual del marxismo, es un intento de dar cumplimiento a esta sentencia. Una confusión, aparentemente menor, es la que señala Rosdolsky en su investigación sobre los *Grundrisse*: Rosa Luxemburgo confunde la categoría marxiana de «capital en general» con la de «capital social total», comprometiéndolo con ello el conjunto de los resultados de su investigación ^[11]. El defecto teórico de fondo, que tiene que ver con su concepción *subconsumista* de la crisis, consiste en que, a pesar de haber declarado la necesidad de una crítica inmanente del capital que sitúe el imperialismo y la crisis como resultado de sus dinámicas internas, Luxemburgo desplaza este límite a una instancia externa y trascendente, a saber, hacia los países no capitalistas en los que el capital trata de realizar el plusvalor y en ausencia de los cuales su colapso resultaría inevitable.

Probablemente fueron estas ideas, a la vista de sus notas personales y un artículo crítico que finalmente no publicó, las que llevaron a Lenin a escribir en una carta a Kamenev: «He leído el nuevo libro de Rosa, *La Acumulación de Capital*. ¡Se equivocó atrocemente!». Su teoría del imperialismo, que ha sido la que ha merecido la atención mayoritaria de los lectores, insiste en una línea de investigación distinta, que se desarrolló en paralelo a la de Luxemburgo. Sus principales fuentes de inspiración son *El imperialismo* de Hobson (1902) ^[12], *El capital financiero* de Rudolf Hilferding (1910) ^[13] e *Imperialismo y economía mundial* de Bujarin (escrito en 1915 y prologado por Lenin ese mismo año, aunque sólo publicado más adelante) ^[14]. A pesar de reconocer su importancia –estas son, de hecho, las dos fuentes de las que bebió toda la literatura socialista sobre el tema–, Lenin declara que las obras de Hobson y Hilferding no llegan a *exponer* la cuestión, es decir, a desplegar científicamente el conjunto de determinaciones de su objeto, ya que se limitan a *resumir* sus principales características. Su libro *Imperialismo: la fase superior del capitalismo* (1916) ^[15] es, en este sentido, el resumen de un resumen, cuyo objetivo, además de popularizar la obra de los autores en los que se inspira, era intervenir políticamente sobre la coyuntura.

El concepto estratégico más importante del marxismo del siglo XX estaba en su momento álgido de popularidad, y según se puede deducir de las palabras de Lenin, desprovisto de una teoría sólida que lo respaldase. Pasado el primer asalto revolucionario del proletariado sobre el capital entre 1917 y 1923, podemos encontrar escritos como *Los fundamentos del leninismo* (1924) ^[16] de Stalin, donde el concepto de imperialismo aparece como sostén de su incipiente teoría del socialismo en un solo país y, por primera vez, desvinculado de su función al servicio de la revolución internacional en ciernes. Las aproximaciones teóricas posteriores, que aquí sólo podemos mencionar, sólo acentúan esta desvinculación respecto del papel político de la teoría, y no cumplen ya una función clara en la articulación de un poder proletario independiente en condiciones de promover una ofensiva contra el capital. En este grupo entran, entre otros, Baran, Sweezy, Arrighi, los teóricos de la dependencia, Emmanuel o Samir Amin. La bibliografía marxista sobre el tema, de hecho, se ha multiplicado con el paso de las décadas, sin que ninguna de las alternativas haya conseguido imponerse de manera evidente sobre las demás, y sin que el esclarecimiento conceptual haya servido para definir estrategia exitosa alguna.

La definición de esta estrategia, en cambio, era el objetivo principal de Lenin. Para entenderla es imprescindible comprender los argumentos teóricos implícitos en su *Imperialismo*, cuyos límites y pretensiones básicas pueden iluminar no sólo la conciencia científica de la época, sino el proyecto revolucionario comunista tal y como se configuró durante aquellos años decisivos. Una referencia indispensable en este sentido es la mencionada obra de Hilferding, *El capital financiero* (1910). Esta obra, que se propone «comprender

El concepto estratégico más importante del marxismo del siglo XX estaba en su momento álgido de popularidad, y según se puede deducir de las palabras de Lenin, desprovisto de una teoría sólida que lo respaldase

científicamente las manifestaciones económicas de la evolución reciente del capitalismo» ^[17], irrumpió en el panorama intelectual marxista como un soplo de aire fresco. Karl Kautsky, la autoridad espiritual incontrovertible del marxismo –su auténtico *papa*–, llegó a afirmar del libro de Hilferding que «puede ser considerado la continuación de *El Capital* de Marx» ^[18]. ¿Por qué una «continuación»? Durante estos años se instaló una lectura de la teoría de Marx según la cual su obra principal tenía por objeto la descripción del desarrollo histórico del capitalismo, es decir, la descripción de su despliegue en el tiempo, partiendo de una sociedad primitiva presuntamente basada en la producción simple de mercancías que había conducido a la sociedad industrial contemporánea. Desde este punto de vista –un punto de vista que los estudios más recientes, a pesar de sus límites, consiguen desmentir con éxito ^[19]–, resultaba razonable suponer que *El Capital* necesitaba actualizarse para ajustarse a los desarrollos más recientes del capitalismo, que aquel no podía prever ni describir.





La evolución del capitalismo, especialmente desde 1870, dejaba notar un protagonismo cada vez mayor de los mecanismos crediticios y financieros en la economía capitalista. Es este protagonismo el que Hilferding vincula directamente a la emergencia del imperialismo, un fenómeno que responde a la necesidad que empuja al capital a rentabilizar sus inversiones en el extranjero, para las que las finanzas son un instrumento privilegiado. Según Hilferding, «la exportación de capital actúa también en pro de una política imperialista» ^[20], de modo que la situación «tendrá que desembocar en una solución violenta» ^[21]. A la economía de la fase imperialista, por lo tanto, le correspondía necesariamente una política imperialista, cuyas contradicciones debían conducir a la instauración de la dictadura proletaria y a su victoria definitiva sobre el capital.

Kautsky, por su parte, aunque se muestra crítico ante la teoría del dinero de Hilferding, parece aceptar el grueso de sus argumentos, que venían a fundamentar teóricamente la postura que él mismo había definido previamente en *El camino del poder* (1909). La principal conclusión política de este libro, según la cual «la lucha contra el imperialismo y el militarismo, es tarea común de todo el proletariado internacional» ^[22], junto con la idea de que el reformismo resultaba crecientemente anacrónico en una época de recrudecimiento del autoritarismo y el militarismo del Estado, se verá notablemente modificada por Kautsky durante los años inmediatamente posteriores, concretamente en su conocida teoría del «ultraimperialismo», elaborada entre 1911 y 1914. Tal y como señala Lenin, Kautsky retrocede de una posición en la que todavía reconocía el conflicto imperialista como conclusión necesaria de la política del capital financiero –que fusiona el bancario y el industrial– hacia otra en la que pasa a discriminar entre capital industrial –de carácter nacional y pacífico– y capital bancario –expansivo y militarista–, aceptando en consecuencia la posibilidad de un gradualismo táctico cuya retórica pacifista era perfectamente asimilable a la de socio-liberalismo de autores como Hobson.

No sólo se estaba cuestionando la viabilidad del programa socialista; este era, literalmente, un problema existencial, teniendo en cuenta que la inserción del socialismo en la maquinaria de guerra imperialista disolvía de facto su papel como actor político distintivo. Y es en este contexto en el Lenin intervino de manera decisiva

La aprobación de los créditos de guerra por parte de la socialdemocracia alemana, el colapso de la Internacional y de la unidad internacionalista del proletariado y la carnicería que ya se estaba cobrando el precio de cientos de miles de vidas proletaria, precipitó la confluencia inmediata entre lo urgente y lo necesario en el problema del imperialismo. No sólo se estaba cuestionando la viabilidad del programa socialista; este era, literalmente, un problema existencial, teniendo en cuenta que la inserción del socialismo en la maquinaria de guerra imperialista disolvía de facto su papel como actor político distintivo. Y es en este contexto en el Lenin intervino de manera decisiva. En lo que sigue trataré de señalar tres errores teóricos que atraviesan el concepto de imperialismo de Lenin. Sin embargo, y dado que la grandeza de los genios se cifra en la grandeza de sus errores, argumentaré que estos responden a preocupaciones lícitas: se trata de respuestas erróneas a *problemas prácticos verdaderos*, políticamente cruciales, que el revolucionario ruso supo discernir mejor que nadie.

El primer error del *Imperialismo* de Lenin consiste en una suerte de *historización de las leyes del modo de producción capitalista*. El prejuicio relativamente asentado en el marxismo de la época, según el cual *El Capital* de Marx describe el desarrollo histórico de las leyes del capitalismo, afecta también a la teoría del imperialismo de Lenin. Esta sugiere que las leyes del capitalismo evolucionan conforme a fases o estadios históricos sucesivos. *El Capital* de Marx, en cambio, no trata de explicitar las leyes que gobiernan un período determinado de la historia de la sociedad capitalista –el capitalismo liberal de libre concurrencia, por ejemplo–, sino de exponer las leyes que gobiernan *cualquier* sociedad en la que domine el capital, independientemente del grado de desarrollo de estas leyes ^[23]. La teoría de Marx apunta, por ende, a la idea ya mencionada de Rosa Luxemburgo de que «las raíces económicas del imperialismo residen, de un modo específico, en las leyes de la acumulación del capital, debiendo ponerse en concordancia con ellas».

El segundo error, derivado del primero, consiste en que la distinción entre fases históricas del capitalismo gobernadas por leyes diferentes le lleva a *escindir la lógica de la competencia y la tendencia hacia la concentración y centralización del capital*, como si se tratase de fenómenos incommensurables entre sí. Esto obliga a una separación abstracta entre una fase inferior y otra superior del capitalismo, en las que sus leyes básicas se habrían transformado en un sentido sustancial. Existiría, por ende, una primera fase ascendente del capitalismo y una fase superior, la propiamente imperialista, en la que el monopolio desplaza la lógica precedente de libre competencia. Según Marx, en cambio, la competencia y la centralización son dos caras de un mismo proceso dinámico. La centralización del capital no anula la competencia, sino que la intensifica, de la misma forma que la centralización no compromete la vigencia de la ley del valor, como parece sugerir Lenin, sino que la presupone a la vez que la realiza.

El tercer error, en el que se condensan los dos anteriores, consiste en la *conceptualización deficitaria del poder* que Lenin termina formulando en esta obra, y de la que depende de manera más o menos directa el planteamiento táctico que está proponiendo para el socialismo internacional. Según afirma Lenin, «entre tres y cinco de los grandes bancos de cada nación capitalista avanzada han realizado la ‘unión personal’ del capital industrial y el bancario» ^[24]. En este sentido, el monopolio sería la base de una asimetría de poder, ahora completamente concentrado en las manos de la oligarquía financiera, a partir de la que un pequeño grupo de

magnates dispone directa y arbitrariamente de una cuota mayor de mercado, de la periferia mundial y del Estado y sus instrumentos. Es mediante este poder que la oligarquía financiera es capaz de fijar precios y extraer un superbeneficio que, a la postre, servirá para corromper a la capa del proletariado formada por sus dirigentes políticos y sindicales. El problema de este punto de vista es que el poder de la oligarquía deja de explicarse en función de las leyes del modo de producción capitalista, que es precisamente a lo que Luxemburgo, a pesar de sus errores, aspiraba en su obra principal. La acción de los oligarcas –tanto la fijación de los precios, como su capacidad para rentabilizar la inversión, para utilizar a su antojo los instrumentos del Estado o para corromper a los líderes del proletariado– sólo responde ya a la voluntad abstracta de un grupo de individuos, una voluntad que no parece estar sometida a leyes –las de la acumulación capitalista–, y que por lo tanto censura la posibilidad de proyectar y consolidar un poder social antagonista sobre la base de procesos sociales objetivos.

En rigor, no puede responsabilizarse directamente a Lenin de estos errores, que él se limitó a reproducir tal y como aparecían en la obra de sus autores originales. A cada uno de estos tres errores, sin embargo, le subyace una intuición, una visión confusa, de las necesidades reales del movimiento histórico, cuyo avance es siempre más o menos ciego y cargado de improvisación. Y esta capacidad de leer el presente desde el punto de vista de la revolución sí puede reconocérsele con todo derecho a Lenin.



La primera intuición virtuosa de Lenin consiste en su conciencia de que era imprescindible, en un sentido teórico, *atacar el dualismo kautskiano entre capitalismo ideal y capitalismo real*. Lenin supo ver que esta separación abstracta de las leyes ideales del modo de producción capitalista y su devenir histórico efectivo apuntaba hacia la disolución ideológica de sus contradicciones, y favorecía en esa medida una política de conciliación con el capital y sus expresiones más violentas y agresivas, obstaculizando en última instancia la configuración del proletariado en actor independiente. Desde la lectura de Kautsky, piensa Lenin, la acción revolucionaria debía postergarse *ad infinitum*. Esta era una lectura que se posicionaba objetivamente en contra de la actualidad de la revolución.

La necesidad de concebir el modo de producción capitalista como un conjunto de leyes históricamente situadas, cuyas tendencias encierran una dinámica de conflicto y antagonismo social, nace de la preocupación legítima por *entender la configuración concreta de las relaciones de clase dentro de un ciclo de acumulación determinado*. Esta es su segunda intuición virtuosa. Si la lucha de clases no existe en el vacío ni brota de la voluntad abstracta de los individuos, es la coyuntura social la que impone las reglas de la contienda política. Es en este sentido que la definición de los desarrollos más recientes del modo de producción capitalista resulta relevante, que en la época de Lenin incluían la intensificación del rol del Estado en un sentido represivo, la creciente financiarización de la economía, el surgimiento de los monopolios y la función determinante de las colonias y territorios extranjeros aptos para la valorización. En la superficie de este movimiento económico estaba, como *parte* del mismo, el movimiento obrero y socialdemócrata, y la lógica de su movimiento debía comprenderse a partir de la misma lógica que gobernaba el presente ciclo de acumulación.

La tercera intuición, que es la que fundamenta las dos anteriores, radica en la necesidad de *ofrecer una explicación de la traición de la socialdemocracia y la escisión en dos alas del socialismo*. Para Lenin se trataba de evaluar un escenario en el que estaban dadas por primera vez las condiciones de posibilidad de una ofensiva organizada sobre el capital. La crisis del capital internacional, del que la guerra imperialista es el síntoma más explícito, tuvo como correlato una crisis del socialismo, una crisis de su táctica y de sus formas de organización, que ponía en jaque el modelo de acumulación de fuerzas vigente hasta ese momento. El poder social acumulado por el proletariado durante décadas podía ponerse en este contexto de fragmentación y colapso efectivo de la estabilidad capitalista al servicio de la construcción de una alternativa civilizatoria. No obstante, una fracción de la socialdemocracia, amparada en los puestos de mando de los que gozaba dentro de sus partidos y sindicatos, estaba obstaculizando esta posibilidad mediante su repliegue bajo el Estado en guerra al que deliberadamente se había subordinado. La persistencia de los principios del internacionalismo y su aplicación práctica exigían la crítica despiadada de esta aristocracia obrera, en la que Lenin veía el sostén social del oportunismo socialchovinista.

Es en este último punto donde se ve el sentido estratégico y la relevancia histórica del debate sobre el imperialismo. Este es, dice Lenin, «el más importante en la esfera de la ciencia económica que estudia el cambio de las formas del capitalismo en los tiempos modernos» ^[25]. Pero esta no es una preocupación académica, ni su objeto es la esfera reificada de la economía: «¿Existe alguna relación entre el imperialismo y la monstruosa y repugnante victoria que el oportunismo (en forma de socialchovinismo) ha obtenido sobre el movimiento obrero en Europa? Este es el problema fundamental del socialismo contemporáneo» ^[26]. La respuesta de Lenin, como queda dicho, es un sí rotundo. De ahí que fuese vehemente con la idea de que «la victoria de la socialdemocracia revolucionaria en escala mundial es absolutamente ineludible, pero marcha y marchará, avanza y avanzará sólo contra ustedes, será una victoria sobre ustedes» ^[27], los oportunistas de centro y de derecha. Lo curioso, si es que cabe denominarlo así, es la insistencia en la figura de Kautsky, que, dentro de lo que cabe, no representaba lo peor de la reacción socialdemócrata –pensemos simplemente en el papel sangriento desempeñado por Ebert y Noske–. Si Lenin moviliza el conocimiento científico en su grado más elevado de desarro-

llo –la teoría de Hobson, Hilferding y Bujarin– contra el centro de la socialdemocracia encarnado por Kautsky, es porque era el centro el que en ese momento trataba de impedir la ruptura clara y decidida con el ala oportunista de derecha. Quebrar la función mediadora del centro y la autoridad de Kautsky, en ese momento indiscutible e incomparablemente mayor que la de Lenin, era la única forma de conquistar las condiciones políticas necesarias para la recomposición de las fuerzas organizadas del proletariado internacional.



La guerra mundial, cuyas consecuencias serían ahora incomparablemente más desastrosas, aparece cada vez con más fuerza en el horizonte de la vida política contemporánea. El imperativo de rearticular el sujeto capaz de evitar ese escenario, o, en su defecto, de intervenir en él con visos de victoria, se impone como una necesidad incontestable

En un sentido materialista mínimo, una *recomposición* en condiciones de asestar un golpe definitivo al enemigo sólo podía darse sobre la base de la *descomposición* y decadencia del capital, aquella que hizo merecer a esta etapa imperialista el sobrenombre de «capitalismo agonizante». Del mismo modo, la agonía del capitalismo era entonces indisoluble de la potencia organizada del movimiento revolucionario, comprendida como una de las causas de su decadencia histórica objetiva. Así lo expresa, con la lucidez característica de sus escritos marxistas, Giacomo Marramao:

«La categoría leninista de imperialismo es legible, en su totalidad, en esta óptica: tiene como *presupuesto* una interpretación precisa de las tendencias sociales de desarrollo por las cuales las relaciones de fuerza entre proletariado y burguesía se dislocarían rápidamente, *en la nueva fase*, en favor del primero. Su “teoría” del imperialismo (que a menudo ha sido objeto de críticas ciertamente legítimas, pero sin embargo abstractas, por ser conducidas en terreno puramente científico-económico) deriva y depende inmediatamente de esta valoración de conjunto de las relaciones de fuerza a nivel mundial, y viene por lo tanto a insertarse en un modelo táctico-organizativo ya preparado anteriormente: el modelo bolchevique» [28].

Además de la coyuntura presente y el futuro inmediato de la revolución, el concepto de imperialismo de Lenin juega un papel central en la interpretación retroactiva del desarrollo intelectual y político del socialismo, es decir, en la interpretación de las razones que habían llevado a su colapso sin que apenas nadie pudiese haberlo previsto. La mencionada relación interna entre imperialismo, aristocracia obrera y oportunismo le permitió retrotraer la explicación del colapso de la Internacional al viejo debate entre ortodoxia y revisionismo, siendo Eduard Bernstein el primer síntoma de un proceso que había ido madurando de manera subterránea en el interior de la socialdemocracia, y que ahora irrumpía abiertamente en su superficie en forma de socialchovinismo y exaltación explícita de la política de guerra.

Hoy, más de cien años después, seguimos sin contar con un concepto científico de imperialismo coherentemente insertado en una estrategia de la revolución. Seguimos sin contar, en general, con una narración científica que dé razón del pasado, presente y futuro del socialismo. Sin embargo, la guerra mundial, cuyas consecuencias serían ahora incomparablemente más desastrosas de lo que lo fueron entonces, aparece cada vez con más fuerza en el horizonte de la vida política contemporánea. El imperativo de rearticular el sujeto capaz de evitar ese escenario, o, en su defecto, de intervenir en él con visos de victoria, se impone como una necesidad incontestable. El de la transformación de la guerra imperialista en guerra revolucionaria sigue siendo, a pesar de todo, el único escenario del que las fuerzas de la emancipación han salido temporalmente triunfantes. En ese sentido, los debates que rodearon aquella atmósfera de decadencia y descomposición capitalista durante el período de la Gran Guerra pueden quizá iluminar nuestro presente, empeñado en repetir como una trágica farsa la historia de barbarie que nos precede y acompaña. Este artículo se limita a presentar esos debates: corresponde al lector detenerse a investigarlos. ●

REFERENCIAS

[1] C. Marx eta F. Engels, (1981) *Obras escogidas en tres tomos*, Editorial Progreso, I tomo, Mosku, páginas 404-498. (<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm>).

[2] Para un repaso de las principales teorías marxistas del imperialismo, véase Brewer, A., (1980), *Marxist Theories of Imperialism. A critical survey*, Routledge, Londres.

[3] Marx, K. (2000), *El Capital*, Madrid, Akal.

[4] Schorske, C., (1955), *German Social Democracy. 1905-1917. The Development of the Great Schism*, 68. or.

[5] Lenin, V., *El imperialismo y la escisión del socialismo* (<https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/10-1916.htm>).

[6] Luxemburgo, R., (2003), *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Federico Engels Fundazioa, Madrid.

[7] Gramsci, A., (1977), *Antología*, Siglo XXI Editores, Madrid, página 419.

[8] Luxemburgo, R., (2003), *Reforma o revolución*, Fundación Federico Engels, Madrid.

[9] Luxemburgo, R., (1967), *La acumulación del capital*, Grijalbo, S.A., Ciudad de México.

[10] Luxemburgo, R., (2014), *La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx. Crítica de las Críticas*, Biblioteca virtual Omegalfa.

[11] Rosdolsky, R., (2023), *Sobre la génesis de 'El capital' de Marx*, Ediciones Dos Cuadrados, Madril.

[12] Hobson, J., (2020), *El estudio del imperialismo*, Titivillus.

[13] Hilferding, R., (1963), *El capital financiero*, Editorial Tecnos, Madrid.

[14] Bujarin, N., (1971), *El imperialismo y la economía mundial*, Ediciones Pasado y Presente, Buenos Aires.

[15] Lenin, V., (2012), *Imperialismo: fase superior del capitalismo*, Santillana Ediciones Generales, Madrid.

[16] Stalin, J., (2002), *Los fundamentos del leninismo*, (<https://www.marxists.org/espanol/stalin/1920s/fundam/index.htm>).

[17] Hilferding, R., (1963), *El capital financiero*, Editorial Tecnos, Madrid, página 9.

[18] En Defensa del Marxismo (Buenos Aires), 37, páginas 51-82, Partido Obrero (<https://www.prensaobrera.com/publicaciones/verNotaRevistaTeorica/37/capital-financiero-y-crisis>).

[19] Sanjuán, C., (2019), *Historia y sistema en Marx. Hacia una teoría crítica del capitalismo*, Siglo XXI, Madrid.

[20] Hilferding, R., (1963), *El capital financiero*, Editorial Tecnos, Madrid, página 362.

[21] Ibid., p. 375.

[22] Kautsky, K., (2018), *El camino del poder*, Alejandría Proletaria, Valencia.

[23] Marx, K. (2000), *El Capital*, Madrid, Akal, p. 17.

[24] Lenin, V., (2012), *Imperialismo: fase superior del capitalismo*, Santillana Ediciones Generales, Madrid, p. 169.

[25] Bujarin, N., (1971), *El imperialismo y la economía mundial*, Ediciones Pasado y Presente, Buenos Aires.

[26] Lenin, V. *El imperialismo y la escisión del socialismo* (<https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/10-1916.htm>).

[27] Ibid.

[28] Marramao, G., (1981), Teoría del derrumbe y capitalismo organizado en las discusiones del “extremismo histórico”, 261. or., in Telò M. (Ed), *La crisis del capitalismo en los años 20*, (257-300).

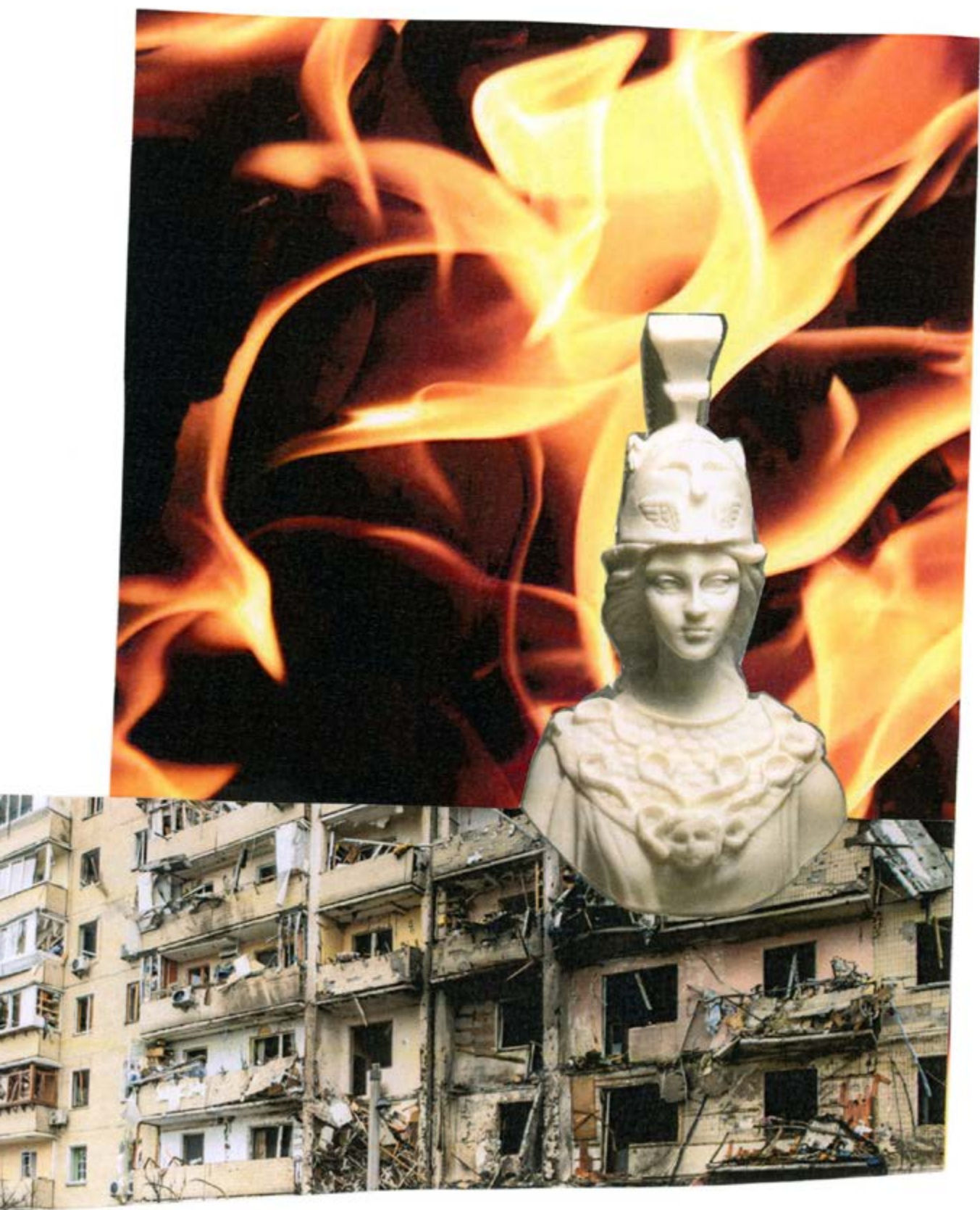
IMPERIALISMO Y LUCHA DE CLASES

Apuntes sobre la guerra en Ucrania

Testua — **Pablo C. Ruiz**

Irudia — **Zoe Martikorena**





Como la lechuza de Minerva, diosa griega de la sabiduría, que entrega su mensaje al finalizar el día, las razones económicas de la guerra se hacen inteligibles sólo cuando el horror ya se ha desatado. La economía política que se despliega sobre la sangre del proletariado revela el espíritu clasista de la guerra que, en realidad, comenzaba mucho antes del primer reclutamiento.

El pensamiento burgués escinde de forma ideológica la práctica política de los Estados del contexto económico, comprendiendo ambas esferas como autosuficientes y portadoras de razones independientes para la guerra. No es de extrañar que los comentaristas mediáticos del capital hayan fijado en los delirios de grandeza del presidente ruso Putin la razón fundamental de la invasión. El análisis revolucionario, por el contrario, comprende la guerra y sus orígenes como momentos inmanentes del desarrollo de la lucha de clases. Revela los «chispazos» desencadenantes como resultado del conflicto de clase internacional y estudia el desarrollo de la guerra como la intensificación de las contradicciones internas del modo de producción capitalista. Es por ello por lo que la guerra, como momento de la lucha de clases, constituye un espacio de intervención política para el proletariado revolucionario. La intención de este artículo es la de situar el conflicto en Ucrania en los parámetros de la crítica de la economía política, con el fin de articular un análisis preliminar del mismo que arroje luz sobre el compromiso histórico del programa comunista: su realización a escala internacional.

COMPETENCIA, TERRITORIO Y VALORIZACIÓN

El poder del mercado descansa sobre el más importante principio material del modo de producción capitalista: la escisión entre los productores y los medios de producción. La reproducción material de la sociedad capitalista encuentra así en la lucha de clases su modo de existencia básico y en la economía la forma enajenada de manifestación de esta lucha. El principio económico fundamental que articula la producción capitalista es la competencia. La atomización de la producción general bajo un régimen de propiedad privada fija la competencia como la forma natural de relación entre las unidades productivas. Esta relación normativiza una serie de pautas que las empresas capitalistas han de seguir para garantizar su supervivencia. Las leyes del mercado se erigen así como la legislación invisible que determina el desempeño productivo de nuestra sociedad y el marco desde el que hace se inteligible el movimiento económico capitalista.

**El análisis
revolucionario,
por el contrario,
comprende la guerra
y sus orígenes
como momentos
inmanentes del
desarrollo de la lucha
de clases. Revela
los «chispazos»
desencadenantes
como resultado del
conflicto de clase
internacional y
estudia el desarrollo
de la guerra como
la intensificación de
las contradicciones
internas del modo de
producción capitalista**

La expansión de la producción más allá de las fronteras nacionales es otra de las formas de suspensión temporal de las contradicciones de clase capitalistas. La realización de la ganancia en territorio extranjero ha contribuido en la historia del capitalismo a que los capitales privados pudieran obtener rendimientos económicos que compensaran las dificultades fijadas por la competencia, de donde emana la naturaleza expansiva del capital

Como norma general, las empresas capitalistas compiten económicamente de dos formas. En un sentido mercantil, el precio debe ser lo suficientemente alto para garantizar la ganancia, pero también ajustado para ser competitivo. En un sentido financiero, la inversión en el negocio ha de reportar un nivel suficiente de ganancia que motive al capital a movilizar recursos monetarios. Debido a esta doble relación de competencia, que constituye dos momentos internos del conflicto intracase de la burguesía, se despliega una pulsión muda hacia la tecnificación de los procesos productivos que ha permitido, entre otras cosas, el grado de desarrollo actual de las fuerzas productivas sociales y el avance de la ciencia –también de su rama bélica–. La contraparte de esta expansión del conocimiento, que tiene por base en la lucha de clases capitalista, es la presión bajista que genera la competencia sobre el nivel general de rentabilidad ^[1]. Al desplazar trabajo vivo de los procesos productivos para mejorar su posición competitiva, la menor composición orgánica del capital, como ya demostrara Marx, tiende a reducir la producción de plusvalor relativo y deprime la tasa de ganancia. Se trata de una tendencia porque el capital cuenta con una serie de mecanismos de ofensiva sobre el proletariado con los que aliviar la caída de la tasa y suspender, al menos temporalmente, la agudización de las con-





tradiciones entre el Capital y el Trabajo. De entre todos los factores contrarrestantes que Marx contempla en El Capital, los más intuitivamente vinculables con la lucha de clases son la intensificación y alargamiento de la jornada laboral ^[2] y el mantenimiento de un nivel determinado de superpoblación relativa ^[3] que permita rebajar el coste de la mano de obra. El aumento de la carga social de trabajo es inversamente proporcional a la cantidad de trabajadores que la soportan.

Sin embargo, la expansión de la producción más allá de las fronteras nacionales es otra de las formas de suspensión temporal de las contradicciones de clase capitalistas. La realización de la ganancia en territorio extranjero ha contribuido en la historia del capitalismo a que los capitales privados pudieran obtener rendimientos económicos que compensaran las dificultades fijadas por la competencia, de donde emana la naturaleza expansiva del capital. Así, el proceso de constitución del capital en «la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa» ^[4] coincide necesariamente con la formación del mercado mundial. La relación dialéctica entre centro y periferia que estructura la división internacional del trabajo revela la dimensión económica del espacio en el modo de producción capitalista como forma en la que se realiza el carácter global de la acumulación. El territorio queda constituido como espacio para la valorización del capital en pugna. La expansión mercantil permite dar salida al capital excedente que resulta de la tendencia natural a la sobreacumulación. La inserción económica por la vía de la inversión extranjera tiene como requisito el dominio político del territorio, mostrando así el interés de los Estados por ampliar su influencia política como una cuestión económica de clase. Uno de los mecanismos para hacer efectivo el despliegue transfronterizo del poder de una facción del capital global es la guerra.

No obstante, ni los recursos primarios de Ucrania, ni sus sectores industriales, ni su capacidad de consumo parecen ser lo suficientemente atractivos como para desatar una guerra interimperialista de coste militar y económico tan elevado ^[5] –aún menos considerando el duro golpe a la acumulación capitalista global que supuso la pandemia que precedió a la invasión–. Esto dificulta la caracterización económica de la guerra y nos obliga a manejar categorías más allá del esquema clásico vinculado a las guerras comerciales. Cabe preguntarse en este sentido: ¿cuál es el vínculo entre los límites estructurales del capitalismo y la guerra en Ucrania?

LA NATURALEZA CLASISTA DE LA GUERRA

La invasión de Ucrania del 24 de febrero de 2022 por parte de Rusia es el resultado necesario de la lucha de clases a escala internacional. Lejos de pretender explicar la guerra en Ucrania como destino indefectible del desarrollo histórico, su carácter necesario se expresa a través del marco social que la hace posible, que no es otro que el del conflicto global entre el Capital y el Trabajo. Las razones para la guerra –esto es, *su naturaleza*– sólo se nos muestran como tales cuando estudiamos su despliegue a través del marco categorial de la crítica marxista. Aun a riesgo de parecer una reflexión abstracta y desentendida de la realidad cruda de la guerra, este paso es ineludible para no caer en los pecados gemelos del politicismo y el economicismo. No encontraremos en el capricho imperial de Putin o en la avaricia depredadora de las transnacionales norteamericanas las razones para la guerra. Se trata, por el contrario, de analizar el desarrollo de la lucha de clases a cada lado de la trinchera, como momentos nacionales de una lucha articulada a escala global, para poder comprender el estado de la guerra como el resultado de un determinado tipo de conflicto social, descifrando así «el lazo inevitable que une las guerras con la lucha de clases en el interior del país» ^[6]. Por matizar esta idea y no dar lugar a equívocos: no es cuestión de afirmar de forma unilateral que las contradicciones del capitalismo global –o las tensiones entre bloques a través de las cuales se expresan– han resultado inevitablemente en la guerra de Ucrania. La reflexión ha de seguir el camino inverso y comprender lo sucedido desde las condiciones del presente, permitiendo enmarcar el conflicto en la lucha de clases, pero renunciando a su interpretación como destino prescrito. Es en el carácter contradictorio de la organización social capitalista donde reside la naturaleza de la guerra; lo que obliga a la crítica de la guerra imperialista a resolver el desarrollo del desastre bélico que padecen el proletariado ruso y ucraniano en el marco de la lucha de clases.



Se trata de analizar el desarrollo de la lucha de clases a cada lado de la trinchera, como momentos nacionales de una lucha articulada a escala global, para poder comprender el estado de la guerra como el resultado de un determinado tipo de conflicto social, descifrando así «el lazo inevitable que une las guerras con la lucha de clases en el interior del país»



Es en el carácter contradictorio de la organización social capitalista donde reside la naturaleza de la guerra; lo que obliga a la crítica de la guerra imperialista a resolver el desarrollo del desastre bélico que padecen el proletariado ruso y ucraniano en el marco de la lucha de clases

La lucha de clases en el bloque occidental dirigido por los Estados Unidos presenta una serie de dificultades crecientes para el capital desde la década de los 70, fundamentalmente vinculadas al estancamiento secular de la acumulación. Un periodo más que caracterizado por la literatura económica marxista que no necesita de mayor explicación y que podría ser resumido bajo tres puntos generales. La incapacidad del capital occidental para aumentar las tasas de crecimiento de sus economías nacionales, el descenso de la rentabilidad de su tejido productivo y la expansión de la forma financiera de acumulación. Los Estados del bloque de poder occidental han hecho enormes esfuerzos –de efímeros resultados– para esquivar los problemas de sobreacumulación, bien a través de la adecuación de las normas laborales y fiscales a la necesidad de redistribuir salario hacia la ganancia, o bien con el diseño de política monetaria no convencional que reducía los costes financieros de la inversión y estimulaba artificialmente la acumulación de capital. No obstante –y concediendo tramposamente como «externo» el golpe económico de la pandemia– cualquier análisis honesto habría de reconocer el fracaso de estas políticas a la hora de reestructurar un orden civilizatorio realmente integrador, como lo fuera la época de posguerra ^[7].

Los cada vez más explícitos límites de la acumulación de las economías nacionales del bloque occidental y la incapacidad de los Estados para sortearlos, incluso construyendo grandes reformas y mayorías anti-proletarias, fundan el subrelato de la expansión militar de la OTAN. La integración incesante de países en el espacio de la Alianza Atlántica tiene una doble clave imperialista. Ayuda al bloque y sus potencias hegemónicas a ampliar la influencia económica de sus capitales, a través de la inserción económica de los nuevos territorios; e, igualmente, permite expandir la influencia política y militar frente a los Estados sin voluntad de cooperación. Así, a falta de la integración de Ucrania, desde la disolución de la Unión Soviética, que venía a anunciar el fin de la Alianza y el triunfo del pacifismo liberal, la OTAN ha integrado a un total de 14 países, sumando actualmente 30, entre los que se encuentran 6 de las 10 economías más grandes del mundo. El carácter de clase de la expansión es claro: construir un cordón de bases militares cada vez más fuertes que garanticen el desarrollo económico de las empresas occidentales en el mercado mundial y quede reforzado así el poder de la clase capitalista en cada territorio nacional. La domesticación interna a nivel nacional no es una consecuencia involuntaria de la expansión productiva y mercantil del capital, sino una necesidad que emerge simultáneamente con el desarrollo de las dificultades para la valorización económica.



En este sentido, constituiría un error separar la competencia empresarial del dominio vertical de clase, de tal manera que las contradicciones intra e inter-clase se reprodujeran autónomamente. Ambas son expresión del conflicto entre el capital y el trabajo. Expandir el área de influencia económica de las transnacionales permite mantener en la nación actividades de la cadena de valor de mayor valor añadido, importar plusvalor fruto de la sobre-explotación de la mano de obra extranjera o mantener regímenes fiscales relativamente progresivos por la exención fiscal que otros territorios ofrecen; así como desarrollar económicamente la industria del control social o normalizar la cultura del Estado violento. Permite, en definitiva, huir hacia adelante, pues no es más que un movimiento que traslada espacialmente unos límites que cualquier actividad capitalista (re)produce por su naturaleza misma, independientemente del territorio.

La restauración capitalista en Rusia inauguró una lucha de poder entre distintas facciones del capital en un país devastado por el empobrecimiento general. Un marco institucional endeble, un tejido productivo anticuado y un movimiento obrero desorganizado inauguraron un terreno más que fértil para el desarrollo del poder económico capitalista. Durante las últimas décadas, el Estado ruso ha estado gobernado por un hombre que comparecía generalmente ebrio como Boris Yeltsin –imagen de la contrarrevolución y la reforma de mercado– y un exagente del KGB que de los últimos 24 años tan sólo ha abandonado la jefatura del Estado durante 4 –concretamente para ocupar el puesto de primer ministro–. Las garantías que ofrecen las distintas versiones de la Ley de Partidos de 2001 que han sido objeto de protesta y represión, la concentración sistemática del poder político en el Estado central frente al regionalismo dominante anterior a 1999, la corrupción rampante de un poder judicial muy bien remunerado y la batería de leyes represivas que contempla el código penal ruso, por las cuales las detenciones se han repartido sin pudor, marca una distancia relativa con respecto a las administraciones occidentales. Relativa en el sentido de que todos los elementos constitutivos del orden capitalista –e.g. dominio económico, represión política, autoritarismo legal, tendencia al empobrecimiento– se reproducen en Rusia con mayor intensidad. Este es el resultado de años de lucha de clases en el territorio nacional.

La forma concreta que ha adoptado el sometimiento al proletariado ruso ha sido el triunfo político de los capitales petroleros y gasísticos –Gazprom, Lukoil, Rosneft– que encontraron en el presidente Putin el mando que Rusia necesitaba para su reubicación en el mercado mundial. Es más, sólo una empresa de las principales del país se dedica al sector financiero, el Sberbank, fundado y participado por el Banco Central de Rusia y posicionado como líder bancario en 1999, año en el que casi triplicó su cartera de inversiones en empresas energéticas y que coincide con el primer año de la presidencia de Putin. La articulación del poder burgués en Rusia ha necesitado de una adecuación «iliberal» de los principios económicos capitalistas para poder finalmente construir un régimen de acumulación estable –lo que tiene como requisito el sometimiento innegociable del proletariado nacional– y de un entrelazamiento prácticamente corrupto entre los poderes económicos y estatales. A pesar de todo ello, Rusia nunca consiguió acercarse a los estándares económicos de las principales potencias occidentales. Su posicionamiento ventajoso en los mercados energéticos fijó una gran relación entre la camarilla dirigente del Estado y los principales representantes políticos del capital occidental, véanse, Angela Merkel, José María Aznar, Tony Blair, Silvio Berlusconi, Emmanuel Macron e incluso, y con un interés menor, Bill Clinton o Barack Obama. El capital ruso se integró en la división internacional del trabajo, con estrecha colaboración europea; su Estado, construido en torno a Putin, asumió su posición de desventaja militar y se vio obligado a fijar en los países fronterizos el límite expansivo de la OTAN. La colaboración, que no integración, económica de Rusia con Occidente tuvo como correlato la incesante expansión del bloque otanista. Una situación aparentemente contradictoria pero que ilustra el carácter ingobernable de las relaciones internacionales capitalistas.

La forma concreta que ha adoptado el sometimiento al proletariado ruso ha sido el triunfo político de los capitales petroleros y gasísticos que encontraron en el presidente Putin el mando que Rusia necesitaba para su reubicación en el mercado mundial

ESTADO, GLOBALIZACIÓN Y GUERRA IMPERIALISTA

El Estado es la comisión política del poder del capital. Su naturaleza bélica sólo se revela como tal en cuanto es comprendido como estructura de clase. La guerra del Estado no es un desfase por parte de los gobernantes; es uno de los mecanismos fundamentales para reforzar el poder político y económico de la burguesía. La existencia del Estado completa el despliegue del dominio de clase capitalista, que es irreductible a su expresión económica: encuentra su unidad en la combinación de las instituciones políticas y económicas. Ambas, simultáneamente, reproducen el sometimiento del proletariado. Así, ambas han de ser entendidas como expresión necesaria de la relación de clase capitalista. El Estado capitalista *aparece* ahí donde la valorización económica del capital, como dominio de clase, no alcanza a llegar ^[8]. Cumple una serie de funciones que los circuitos de producción de plusvalor no garantizan por sí mismos. Estas funciones podrían resumirse de la siguiente manera: funciones represivas, funciones económicas y funciones bélicas. La tarea de la crítica revolucionaria es desvelar todas estas funciones del Estado como actividad del, en palabras de Engels ^[9], *capitalista colectivo* –cuyo objetivo no sería otro que el de reforzar el poder del capital–, frente a la ilusión ideológica que explicaría la represión y la guerra como excesos, o el desempeño económico del Estado como ejemplo de convivencia armónica entre el Capital y el Trabajo.

La acumulación capitalista es global en su contenido, pero nacional en su forma ^[10]. De esta manera, el Estado-nación capitalista, diferente a los Estados anteriores en su fundamento, aparece en la historia no sólo como garante de la represión del proletariado nacional, sino también como herramienta para la expansión del capital. En este sentido, la idea de Clausewitz de que «la guerra es la política por otros medios» se podría reformular argumentando que la guerra es la competencia por otros medios. Es por ello por lo que la asociación entre Estados, cuando es vinculante y genera espacios comunes de intercambio comercial, política económica o intervención militar conjunta, es siempre un vínculo con fecha de caducidad. De la misma manera que el crédito aplaza artificialmente lo que la sobreproducción determina, la asociación entre Estados oculta temporalmente aquello que determina su posición en la sociedad. O, dicho de otra manera, siguiendo a Grossman: «los antagonismos imperialistas entre los estados subsisten incluso a través de sus relaciones» ^[11].

La asociación estatal alimenta la ficción pacifista burguesa por la cual la guerra sería un mal evitable, un resultado nefasto del pasado del que habríamos aprendido. Pero en ningún caso supera, porque no puede, los fundamentos clasistas de las relaciones interestatales. La tesis de la paz como voluntad política es perfectamente útil al dominio burgués: permite naturalizar el estado actual de las cosas y explicar la guerra como exceso, anulando así cualquier posibilidad de crítica. El correlato de la paz conquistada y del hermanamiento fraternal entre las naciones del mundo y sus Estados fue la globalización. Un proceso social de internacionalización de los circuitos comerciales y financieros



China padece desde hace tiempo los principales problemas económicos de cualquier economía capitalista (sobreacumulación, burbujas especulativas, desempleo, desigualdad, etc.) y Rusia, económicamente débil desde tiempo atrás, está perdiendo a su principal socio energético

con Estados Unidos a la cabeza que amplió las posibilidades de valorización del capital, la ofensiva económica y política sobre el proletariado y la construcción de enormes espacios institucionales en la esfera occidental, como pueden ser la OTAN, la Unión Europea, los tratados de libre comercio, el Banco Central Europeo, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Todo un entramado de estructuras y legislaciones que ha permitido al capital occidental mejorar su posición en los mercados internacionales, expandiendo la influencia político-militar de sus Estados y reforzando su poder en los territorios nacionales.

El conjunto de asociaciones estatales –principalmente en Europa– no se explican únicamente, como muchos chovinistas europeos reivindican, por un secuestro norteamericano de la soberanía nacional. El papel de las capacidades competitivas de las economías europeas es central. La asociación política entre los capitales europeos ha sido primordial durante las décadas recientes para poder acoplar las economías de la Unión Europea en el mercado mundial. De ahí la conclusión de que a efectos prácticos la Unión Europea funciona como un país, en tanto que fija de forma directa y anti-democrática la política monetaria de los Estados Miembro desde el Banco Central, dicta a modo de recomendación vinculante la política fiscal e incluso empieza a desarrollar herramientas de endeudamiento público conjunto ^[12].

La globalización, sin embargo, aceleró el proceso de consolidación y desarrollo de las relaciones de producción capitalistas en lo que hoy se ha convertido en uno de los principales polos de valorización del mundo: China ^[13]. La construcción del poder capitalista chino a escala internacional ha participado del proceso de expansión de los capitales occidentales y sus aliados. Por paradójico que parezca, el desarrollo capitalista de China ha jugado un papel crucial en la expansión del poder de la oligarquía financiera occidental ^[14]. La enorme cantidad de plusvalor producido en China ha permitido que los Estados Unidos pudieran financiar su deuda durante décadas. Su reconversión en la *fábrica del mundo* ha estimulado el comercio de occidente con la región, así como ha generado las condiciones para la especialización industrial de alto valor añadido en países como Estados Unidos, Francia, Alemania o Japón, entre otros. Se despliega aquí aquello que decía Marx de que «la moderna sociedad burguesa [...] se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias subterráneas que él mismo ha conjurado» ^[15], mostrando la necesidad de comprender el mercado mundial como una estructuración de las relaciones de producción capitalistas a nivel internacional y no como la suma de capitalismoes nacionales independientes.

«Las potencias subterráneas» ya están desplegadas a escala global. Sus contradicciones son las que rigen la sociedad entera. Constituyen un vínculo alienado entre todos los oprimidos cuyas consecuencias interpelan a todos por igual. La desconexión aparente entre lo que pasa en la República del Congo, El Salvador o Ucrania es fruto de la expresión nacional de la acumulación global y de la organización política del capital en Estados (o macroestados) que compiten entre sí. El marco político necesario para la emancipación está obligado a ver más allá y descubrir aquello que las anteojeas del nacionalismo intentan ocultar, que no son sino las relaciones de producción capitalistas como fundamento de nuestra actividad social.

El agotamiento del modelo de crecimiento internacional basado en la globalización y la ampliación constante del mercado han intensificado las contradicciones inherentes a las relaciones internacionales capitalistas, fagocitando no sólo la paz comercial entre bloques, sino incluso la cohesión interna de la Alianza Atlántica. El idealismo rooseveltiano que intentara fijar un gobierno mundial en la posguerra fue barrido por el realismo de Truman ^[16]. Hoy, el proyecto de hegemonía norteamericana, que tuvo por base el anticomunismo, empieza a resquebrajarse. El café para todos que pareció permitir la división del trabajo internacional durante unas décadas se está agotando. Los Estados Unidos y la Unión Europea están empezando a aprobar grandes programas de inversión pública para reindustrializar sus economías, China padece desde hace tiempo los principales problemas económicos de cualquier economía capitalista (sobreacumulación, burbujas especulativas, desempleo, desigualdad, etc.) y Rusia, económicamente débil desde tiempo atrás, está perdiendo a su principal socio energético (aunque parece que lo compensará con la reorientación a otros mercados).

Las guerras comerciales son hoy una realidad normalizada y el proteccionismo se ha instalado como política nacional donde el cuestionamiento del libre mercado se trataba de blasfemia. El monetarismo y el neoliberalismo dejan paso a un neokeynesiano que lejos de confirmar las tesis del *si se puede*, muestran a las claras el papel de la intervención pública como garante del poder del capital. No es casual que a las tensiones mercantiles les siga un avance de la financiación pública, pues no son más que la expresión fenoménica de las dificultades de valorización. La estrechez del mercado mundial, que no está marcada por la dimensión geográfica del espacio de intercambio, sino por los mismos fundamentos clasistas del mercado ^[17] —como recordara Lenin a Luxemburgo—, es decir, por la inherente tendencia a la sobreproducción de capital ^[18], obliga a los capitales y sus Estados a probar por otras vías lo que los «métodos normales» ^[19], que, diría Meszáros, no consiguen. Así, la guerra imperialista, el avance simultáneo del Estado sobre el proletariado nacional y extranjero, se muestra como remedio final, de coste elevado pero socialmente necesario, para reordenar lo que las dinámicas mercantiles, «normales», ya no son capaces de organizar por la vía del precio y la competencia.

Así, la guerra imperialista, el avance simultáneo del Estado sobre el proletariado nacional y extranjero, se muestra como remedio final, de coste elevado pero socialmente necesario, para reordenar lo que las dinámicas mercantiles, «normales», ya no son capaces de organizar por la vía del precio y la competencia



UNA GUERRA PROXY

En el año 2012 el gobierno ucraniano comenzó una serie de negociaciones con la Unión Europea para su asociación progresiva –a cambio de una concesión crediticia, a gestionar por el FMI– que ayudaría al tejido industrial ucraniano a mejorar su posición competitiva en el mercado internacional y cambiaría a aliviar la más que precaria situación económica del país. Un año más tarde, el día anterior a la firma, el gobierno de Ucrania suspendió el acuerdo alegando que la cifra ofrecida (600 millones de euros) era «humillante» ^[20]. Al día siguiente, comenzaban en la Plaza de la Independencia de Kiev una serie de protestas (Euromaidan) coordinadas por las organizaciones fascistas Sector Derecho y Svoboda que terminarían con la fuga del presidente del gobierno y la toma del poder en 2014 por parte de las fuerzas más reaccionarias del país. Mismo año en que daría comienzo, por un lado, la Guerra del Donbás entre el gobierno de Kiev y los ejércitos regionales del este ucraniano, apoyados por Rusia, y la anexión de Crimea al Estado ruso, por el otro. Se iniciaba lo que se conoce como guerra por delegación o proxy, en la que las oligarquías financieras occidental y rusa se disputaban el control del territorio ucraniano financiando distintos ejércitos. Un largo conflicto que ha acabado con la vida de miles de personas, golpeando especialmente a los territorios de Lugansk y Donetsk. La guerra terminó el mismo día de la invasión rusa de territorio ucraniano, dando comienzo a la actual guerra abierta entre una Ucrania apoyada por la OTAN y el ejército ruso.

Bajo la excusa de la liberación de las «Repúblicas Populares» del este de Ucrania, el ejército ruso ha bloqueado mediante la invasión cualquier posibilidad de asentamiento de bases militares otanistas cerca de su frontera. El capital ruso dominante, a lomos de Putin y su discurso fascistizante de la nación y la familia, considera, con razón, la expansión militar de la Alianza Atlántica una amenaza para su posición económica y su poder. Para una OTAN liderada por los Estados Unidos, la constante expansión de China en mercados de menor volumen, pero con capacidad de ampliación de su influencia a nivel mundial, constituye también una amenaza. La diferencia entre el grado de amenaza es lo que marca la primera acción bélica. Los burócratas norteamericanos son conscientes de que a día de hoy China no es capaz de competir con los Estados Unidos en materia comercial, monetaria o militar; tampoco en influencia política ni cultural –y Rusia aún menos–. Pero saben que los

últimos años marcan una tendencia de crecimiento del poder chino contraria a sus intereses. Es significativo que la recientemente aprobada Estrategia de Seguridad Nacional de la Administración Biden concluya que los Estados Unidos han «entrado en un nuevo y significativo período de la política exterior que exigirá de EEUU en el Indo-Pacífico más de lo que se nos ha pedido desde la Segunda Guerra Mundial». Ni la invasión de Ucrania aleja el foco de atención de China, a la que los EEUU consideran «una amenaza sistémica, al ser el único Estado que tiene la capacidad de cambiar el sistema internacional», fijando así una estrategia que «dará prioridad a mantener una ventaja competitiva duradera sobre la RPC, al tiempo que limitará a una Rusia todavía profundamente peligrosa» ^[21].

El conflicto en Ucrania es a todas luces la expresión bélica de las dificultades que enfrentan dos bloques inmersos en las dinámicas naturales de expansión capitalista. La intención de China es erigirse como pacificadora, anulando la expansión de la OTAN y reforzando el vínculo comercial con los países de la Unión Europea, donde parece estar empezando a cobrar fuerza las posiciones críticas con los Estados Unidos –como demuestran las recientes visitas de Sánchez, Macron, Scholz o Von der Leyen a Xi, o la nueva popularidad de la idea de Autonomía Estratégica entre los burócratas europeos–. El recorrido del conflicto lo marcará el desarrollo de la lucha de clases, lo que deslegitima cualquier lectura catastrofista basada en el despliegue ineludible de la economía capitalista y su guerra, así como la interpretación reformista-liberal que abstrae al capitalismo de su responsabilidad y se pliega a la victoria de occidente como única vía para la salvación civilizatoria.

No existe justificación para la defensa de ningún imperialismo. Sólo hay espacio para la solidaridad fraternal e internacionalista con el proletariado ruso y ucraniano que, lejos de tratarse de un compañerismo abstracto, es el espíritu que guía y motiva la elaboración de una estrategia socialista a escala internacional capaz de «transformar la guerra entre gobiernos en guerra revolucionaria»

CONTRA LA GUERRA

La crítica de la guerra es el estudio de su naturaleza y la consecuente adopción de una estrategia internacionalista que la combata. Los gobiernos burgueses alimentan a través de la ideología nacionalista las pasiones más bajas de nuestra clase «con el fin de eternizar la *lucha entre las naciones*, que impide toda alianza seria y sincera entre los obreros [...] y, por consiguiente, impide su emancipación común.» ^[22] La guerra constituye la más trágica expresión de esta división artificial y muestra de forma bruta y terrible la necesidad del internacionalismo como vía para la emancipación. La obligación de la clase de combatir el bloque del que forma parte, de denunciar y confrontar con las instituciones y el capital que le someten no es una licencia chovinista que entendería la emancipación como suma de luchas de clases separadas a resolver. Es la realización internacional(ista) del programa comunista, de acuerdo con las posibilidades reales que fija la organización política en Estados de la burguesía global. Los esfuerzos de la militancia europea, tal y como está desarrollada en la actualidad, han de estar centrados en la lucha contra la oligarquía financiera occidental y las estructuras de poder desplegadas en el territorio: su OTAN, su Banco Central, su Unión Europea, sus Estados Miembro, que son las instituciones que encarnan el

sometimiento del Capital en Europa y que alimentan la masacre imperialista en territorio ucraniano. No hay cabida para el alineamiento con ninguna de las potencias. Como en 1914, «basta considerar la guerra actual como una prolongación de la política de las "grandes" potencias y de las clases fundamentales de las mismas para ver de inmediato el carácter anti-histórico, la falsedad y la hipocresía de la opinión según la cual puede apoyarse, en la guerra actual, la idea de la "defensa de la patria"» ^[23]. No existe justificación para la defensa de ningún imperialismo. Sólo hay espacio para la solidaridad fraternal e internacionalista con el proletariado ruso y ucraniano que, lejos de tratarse de un compañerismo abstracto, es el espíritu que guía y motiva la elaboración de una estrategia socialista a escala internacional capaz de «transformar la guerra entre gobiernos en guerra revolucionaria» ^[24]. ●



«La locura cesará y el fantasma
sangriento del infierno desaparecerá
cuando los obreros de Alemania y
de Francia, de Inglaterra y de Rusia
despierten una vez de su delirio, se
tiendan las manos fraternamente y
acallan el coro bestial de los factores
imperialistas de la guerra y el ronco
bramido de las hienas capitalistas,
con el viejo y poderoso grito de
batalla de los obreros: ¡Proletarios de
todos los países, uníos!»

Rosa Luxemburg

REFERENCIAS Y NOTAS

[1] Las obras de Andrew Kliman, Michel Roberts o Guglielmo Carchedi son una buena introducción al asunto. Kliman, A. (2010): *The failure of capitalist production. Underlying causes of the Great Recession*. PlutoPress; Roberts, M. (2009): *The Great Recession*. LuluPress; Carchedi, G. (2011): *Behind the crisis: Marx's Dialectics of Value and Knowledge*. BRILL.

[2] Según la OCDE y el Eurostat, el Estado español está junto a Polonia, Italia, República Checa o Grecia, entre otros, por encima de la media de horas anuales trabajadas, en las que no se contemplan las horas extras. Información disponible en: https://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php?title=Hours_of_work_-_annual_statistics

[3] Cuadrado, P (2023): «Un análisis de la evolución de las horas trabajadas por ocupado en España: desarrollos tendenciales y evolución reciente». Banco de España.

[4] Marx, K (1971): *Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Vol. I. Siglo XXI.

[5] En este artículo, Pablo del Amo resume los problemas de la OTAN para seguir suministrando munición en el corto plazo: «El eterno retorno de la política industrial» (marzo, 2023). Disponible en: <https://www.descifrandolaguerra.es/el-eterno-retorno-de-la-guerra-industrial/>

[6] Lenin, V.I. (1915): *El socialismo y la guerra*.

[7] El desempleo estructural, especialmente entre la juventud, y la mala calidad del trabajo asalariado son los principales indicadores del retroceso del capital en sus capacidades integradoras.

[8] Para una profundización en la naturaleza clasista del Estado: *State, Class Struggle, and the Reproduction of Capital*, de Simon Clarke, recogido en el libro «The State Debate» (1991).

[9] Extraído de Engels, F. (1880): *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Disponible en marxists.org

[10] Para un desarrollo histórico-crítico de la forma nacional del Estado capitalista se recomienda la lectura del capítulo 7 *Overaccumulation and the Limits of the Nation State* del libro *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*, de Simon Clarke (1988).

[11] Grossman, H. (1929): *Ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista: una teoría de la crisis*. Siglo XXI

[12] En 2021, la UE emitió 20.000 millones de su primer eurobono para financiar los fondos NextGeneration, un ejemplo sin precedentes en territorio europeo y ejemplo perfecto de lo que hemos definido como función económica del Estado –aquella que sirve para estimular la rentabilidad allí donde la inversión privada no llega. Fuente: cincodias.elpais.com/cincodias/2021/06/15/mercados/1623748256_188119.html

[13] El número 38 de la revista *Arteka* trata algunos de los asuntos centrales del desarrollo de la lucha de clases en China.

[14] En 2019, la entonces alta representante para la Política Exterior de Seguridad de la Unión Europea, Federica Mogherini, en el documento publicado *EU-China – A Strategic Outlook* calificó a China como «socio, competidor y rival sistémico». Disponible en: <https://commission.europa.eu/system/files/2019-03/communication-eu-china-a-strategic-outlook.pdf>

[15] Marx, K. (2017): Escritos sobre materialismo histórico. Alianza.

[16] El capítulo IX *El Estado mundial que nunca existió* en el libro *Adam Smith en Pekín*, de Arrighi (2007), es una buena aproximación del intento imposible de los Estados Unidos por gobernar el mundo.

[17] «Los capitalistas no se reparten el mundo llevados por una particular perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado les obliga a seguir este camino para obtener beneficios; y se lo reparten ‘según el capital’, ‘según la fuerza’; otro procedimiento de reparto es imposible en el sistema de la producción mercantil y el capitalismo (...). Por primera vez, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son únicamente nuevos repartos, es decir, el paso de territorios de un ‘propietario’ a otro.» Lenin, V.I. (2012): *Imperialismo: la fase superior del capitalismo*. Taurus, Madrid.

[18] «La sobreproducción de capital, no de las mercancías individuales, –aunque la sobreproducción de capital siempre incluye la sobreproducción de materias primas–, es, por lo tanto, simplemente una sobreacumulación de capital». Karl Marx citado en Grossman (1929)

[19] Mészáros, I. (2009): *La crisis estructural del capital*. Sin editorial.

[20] «Presidente de Ucrania bloquea intento UE por salvar acuerdo de asociación» (2013). Disponible en: <https://www.reuters.com/article/internacional-ucrania-ue-yaukovich-idLTASIE9AS05020131130>

[21] «National Security Strategy» (2022). Gobierno de los Estados Unidos. Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2022/10/Biden-Harris-Administrations-National-Security-Strategy-10.2022.pdf>

[22] Marx, K. (1870): Extracto de una comunicación confidencial. Disponible en: Recogido en “Extracto de una comunicación confidencial”, Karl Marx (1870). Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/educ70s.htm#fn0>

[23] V. I. Lenin (1915)

[24] Idem.

REPORTAJE
HISTORIA

Debates del siglo XX acerca del imperialismo: acerca del cambio de posición de los partidos socialdemócratas



Naia Gurrutxaga



El siglo XX vino acompañado de diversos debates, ya que la sociedad se encontraba a las puertas de un contexto que supondría un cambio a nivel mundial. En el siglo precedente se produjo la formación de la sociedad capitalista, en la que la burguesía tomó el poder bajo la ideología del liberalismo. En lo que respecta a la economía, los problemas para la industrialización y el crecimiento económico eran evidentes; en cualquier caso, la transformación de la industria junto con la apertura de mercados permitieron hacer frente a estos problemas. Si reparamos en el ámbito social, esta época se ha venido identificando como la más tranquila hasta entonces, ya que hasta este momento nunca había habido una fuerza revolucionaria y socialista menor.

El siglo XX vino acompañado de diversos debates, ya que la sociedad se encontraba a las puertas de un contexto que supondría un cambio a nivel mundial. En el siglo precedente se produjo la formación de la sociedad capitalista, en la que la burguesía tomó el poder bajo la ideología del liberalismo. En lo que respecta a la economía, los problemas para la industrialización y el crecimiento económico eran evidentes; en cualquier caso, la transformación de la industria junto con la apertura de mercados permitieron hacer frente a estos problemas. Si reparamos en el ámbito social, esta época se ha venido identificando como la más tranquila hasta entonces, ya que hasta este momento nunca había habido una fuerza revolucionaria y socialista menor.

Aunque pareciera una época calmada y próspera para Europa, la época del desarrollo de la economía industrial presentaba varias contradicciones, lo que derivó en la ruptura de dicho equilibrio. Varios gobernantes se autoproclamaron emperadores, por ejemplo en Europa, en Alemania, Austria, Rusia, Turquía y Gran Bretaña. El concepto imperialismo se empleó por primera vez en torno a 1890, y supuso una ruptura con la etapa colonialista anterior. A partir de ese momento, la cuestión no se dirimiría en la toma de un país por parte de otro, sino que se pasó a tratar de movimientos con vistas al reparto del mundo a manos de las grandes potencias, esto es, la adquisición por parte de las grandes potencias globales del capital y la fuerza de trabajo. Los países principales en esta época fueron Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, Bélgica, Estados Unidos y Japón. Situamos a España y Portugal entre los perdedores, ya que perdieron las colonias que habían acaparado anteriormente.

En este contexto se le dará fin a la situación de calma mencionada anteriormente, ya que el peligro de una guerra de escala global era real. Los

A partir de ese momento, la cuestión no se dirimiría en la toma de un país por parte de otro, sino que se pasó a tratar de movimientos con vistas al reparto del mundo a manos de las grandes potencias, esto es, la adquisición por parte de las grandes potencias globales del capital y la fuerza de trabajo

movimientos organizados de masas adquirieron una presencia destacable, y proliferaron los debates en torno a los grandes cambios que se estaban sucediendo mundialmente: el origen de la Primera Guerra Mundial, el comienzo de la Revolución Rusa, el desarrollo del movimiento obrero y el movimiento socialista y las posiciones a tomar por los socialdemócratas frente al imperialismo representaron las discusiones más importantes al respecto.

Los debates en torno al imperialismo se convirtieron en puntos de importancia en varios de los congresos llevados a cabo por los partidos socialdemócratas de distintos países, en los que se evidenciaron posicionamientos diversos. Es imprescindible resaltar dos elementos en estos debates: por una parte, los choques entre tendencias presentes en los partidos socialdemócratas, y, por otra parte, los posicionamientos desarrollados por los partidos socialdemócratas hacia el imperialismo en el contexto de la Primera Guerra Mundial.

Por otra parte, debemos tener en cuenta que, aunque cada país contase con un partido socialdemócrata único, este albergaba tendencias o corrientes diversas en su interior, debido a los diferentes posicionamientos derivados de estos debates. Estos debates

no deben comprenderse en términos puramente teóricos, ya que evidencian las diferencias políticas, estratégicas y tácticas entre las corrientes internas del partido socialdemócrata.

Además, los partidos socialdemócratas integrados en la Segunda Internacional cambiaron de raíz varias de las posiciones adoptadas en torno al imperialismo de raíz, a las puertas de la Primera Guerra Mundial. Los Partidos Socialdemócratas gobernaban en los países que participaban en el conflicto bélico, y aunque esto tuvo cierta influencia en el inicio de la guerra, podemos encontrar otros factores en la base de este cambio de posiciones. Como ya se ha mencionado previamente, en la época que precede a la Primera Guerra Mundial se dieron diversos debates, y fueron estos los que generaron el cambio de rumbo de los partidos socialdemócratas. Entre 1914-1918 se debatió largo y tendido en torno a la nación, así como acerca de la relación entre el nacionalismo y el socialismo. En general se trata de una época en la que se discutió acerca de la nación y el conflicto de clases, y es este el debate que se encuentra en la base de las decisiones tomadas por los Partidos Socialdemócratas en relación al imperialismo.

Los primeros debates acerca del imperialismo fueron precedidos por los primeros debates sobre el colonialismo, que iniciarán tras un primer análisis de Karl Kautsky. Aquí identificó las diferencias entre colonias, en el que se conoce como el primer análisis socialista del colonialismo. El primer debate sobre el colonialismo se dio después del trabajo de Kautsky. Entre 1896 y 1903 se dio lo que se conoce como discusión revisionista. A un lado, se situaba el que fue el teórico más representativo del revisionismo Eduard Bernstein, y al otro, estaban Belfort Bax, Karl Kautsky y Rosa Luxemburgo. En este debate la posición de Bernstein apoyaba el colonialismo mientras que la de Bax apoyaba a aquellos que se levantaban contra el colonialismo.

Bernstein definió las sociedades coloniales como grupos sociales subdesarrollados, situando las naciones europeas por encima de estas. Identificaba el colonialismo como un proceso necesario para el progreso de la civilización, y por lo tanto, situaba el desarrollo de las naciones de Europa por encima de la libertad de los países que, a su parecer, carecían de importancia.

Bax se posicionó a favor de las sociedades coloniales, definiendo como deber la defensa de los levantamientos armados de las colonias e incluso el brindar ayuda material y militar en caso de ser necesario.

Kautsky se enfrentó a Bernstein pero basándose en otros elementos. Defendía que los sectores que empujaban a favor del colonialismo eran aquellos sectores precapitalistas que no se identificaban directamente con la burguesía industrial y decía que esto obstaculizaba el desarrollo histórico.

En los debates que se dieron a partir de las discusiones revisionistas se sumarían nuevos elementos, pero este debate sentó las bases de la escisión entre los socialistas y revisionistas/reformistas que se reprodujo en los que vinieron posteriormente.



Eduard Bernstein



Henri Van Kol



August Bebel

DEBATE SOBRE EL IMPERIALISMO

Debatir sobre el imperialismo revestía cierta urgencia, ya que tanto la Guerra Hispanoamericana como la Guerra de los Bóeres empezaban a tener una gran presencia, a medida que se abría el peligro de una guerra de escala mundial.

En 1899 se celebró en París el Segundo Congreso de la Internacional, donde Rosa Luxemburgo proclamó la necesidad de organizar a la clase trabajadora frente al imperialismo. En los años posteriores se celebraron distintos congresos en los que la socialdemocracia se reafirmó en la posición defendida por Luxemburgo sobre la posición que debía tomar respecto al imperialismo (Mainz en septiembre de 1900, el Congreso de Dresden en Septiembre de 1903, el Congreso de Amsterdam en 1904). La socialdemocracia debía en primer lugar enfrentarse a cualquier tipo de opresión y explotación, y por otra parte, por lo tanto, trabajar en pos de unas relaciones pacíficas entre todos los países.

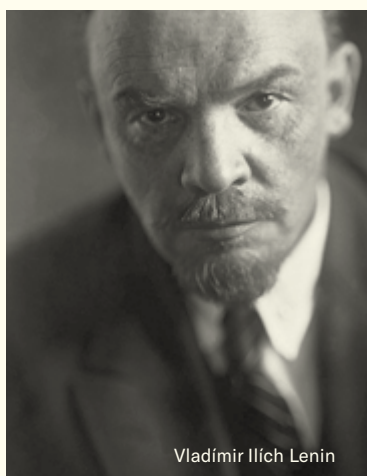
En agosto de 1907 se celebró en Stuttgart un congreso de la II. Internacional. En este mismo congreso, las palabras del holandés Herni Van Kol tuvieron un gran impacto. Van Kol no respetaba las posiciones anteriormente adoptadas por la socialdemocracia en los congresos; Kautsky se le enfrentó en ese debate. Van Kol no identificaba como negativas todas las expresiones del colonialismo, más aún, defendía la idea de que la II. Internacional debía hacer suya una política colonial socialista positiva. En contra de estas ideas, Kautsky alegó que tras los argumentos de Van Kol se escondía una diferenciación entre países, basada en que ciertos países fueran dominados y otros dominantes.

Otro de los debates importantes del Congreso de Stuttgart fue el de la defensa nacional. En este debate, además de August Bebel, participaron Luxem-



Rosa Luxemburg

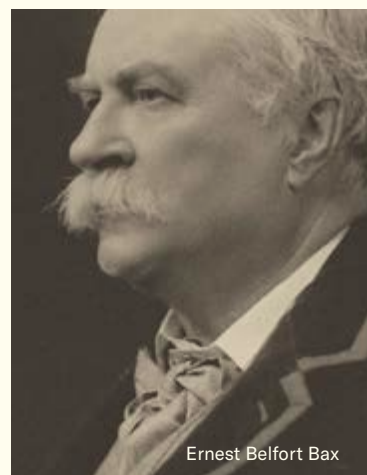
Es imprescindible resaltar dos elementos en estos debates: por una parte, los choques entre tendencias presentes en los partidos socialdemócratas, y, por otra parte, los posicionamientos desarrollados por los partidos socialdemócratas hacia el imperialismo en el contexto de la Primera Guerra Mundial



Vladímir Ilich Lenin



Karl Kautsky



Ernest Belfort Bax

Estos debates no deben comprenderse en términos puramente teóricos, ya que evidencian las diferencias políticas, estratégicas y tácticas entre las corrientes internas del partido socialdemócrata



burgo y Lenin. Bebel defendía que los socialdemócratas debían participar en las guerras de defensa nacional. Tanto Luxemburgo como Lenin hicieron aportaciones de gran calado al concepto de la defensa nacional, en pos de buscar un cierto entendimiento dentro del congreso. Dejando a un lado el argumento de la defensa nacional, Luxemburgo y Lenin dejaron claro que el deber de los socialistas era, en primer lugar, parar el inicio de la guerra. En segundo lugar, en caso de que, pese a estos esfuerzos, la guerra estallara, los socialistas deberían detener esta guerra lo antes posible. Para acabar, Lenin defendía que, aprovechando la crisis política y económica desatada por la guerra, se abría la posibilidad para la abolición del capitalismo.

A la base de este debate acerca de la defensa nacional encontramos el choque entre diferentes estrategias. Por un lado, en la base del razonamiento de Van Kol se encuentra el argumento

de la expansión del capitalismo, ya que defiende su necesidad en el tránsito hacia el socialismo. Es decir, en su opinión, es necesaria la expansión del capitalismo en todos estos países para poder construir el socialismo a escala mundial. Kautsky se enfrentaba a esta idea, pues no pensaba que la integración de todos los países en el capitalismo fuera condición necesaria para la construcción del socialismo.

En lo que hemos visto hasta ahora, se ha evidenciado que en la base de estos debates encontramos la estrategia para transitar al socialismo, una vez adoptado el mismo como objetivo. País a país, dependiendo del partido y del contexto en el que estos se hallaban, tuvieron lugar diferentes debates.

FRANCIA

En Francia, en torno a 1890, existían cinco tendencias dentro del socialismo: los blanquistas (con origen en la tradición insurreccionalista), guesdistas (los que tenían una vinculación más estrecha con el marxismo), posibilistas (de tendencia reformista), allemanistas (que se situaban cerca del sindicalismo) y algunos diputados independientes.

En el inicio del siglo XX, el socialista independiente Alexandre Millerand fue nombrado primer ministro en el gabinete republicano de defensa de Waldeck-Rousseau. Esto originó una escisión dentro del partido. Por una parte el *Parti Socialiste Français*, conformado a partir de las facciones ministerialistas, independientes, posibilistas y allemanistas. Por otra parte, el *Parti Socialiste de France*, partido formado a partir de los guesdistas y los blanquistas que se posicionaban en contra de Millerand. En el año 1905, formaron un partido único, *Section Française de l'Internationale ouvrière*, a consecuencia de la pérdida de fuerza de los ministerialistas.

Jean Jaurès y Paul Louis fueron dos de los teóricos importantes acerca del colonialismo. Jean Jaurès proclamaba la defensa de los derechos de los habitantes de las colonias, pero al mismo tiempo la garantía de los intereses de la ciudadanía europea, para lo cual proponía actuar amistosamente con ellos. Aunque estuviera en contra del colonialismo, lo identificaba como un fenómeno inevitable en el capitalismo. En su opinión la tarea de los socialistas pasaba por evitar la guerra por un lado, y por otro, construir unas relaciones mejores con los habitantes de las colonias.



En los debates que se dieron a partir de las discusiones revisionistas se sumarían nuevos elementos, pero este debate sentó las bases de la escisión entre los socialistas y revisionistas/reformistas que se reprodujo en los que vinieron posteriormente



Paul Louis Lévy



Jean Jaurès

Paul Louis era blanquista e identificaba el imperialismo como una fase histórica. Situaba la crisis del capitalismo como causa del imperialismo, es decir, identificaba el imperialismo como una expresión de la necesidad del capitalismo de buscar nuevos mercados para invertir el dinero de la metrópoli y encontrar nuevos recursos naturales. Su consecuencia, en cambio, era negativa para el proletariado, ya que este los perjudicaba. Frente a esto, proponía la solidaridad entre todos los oprimidos como cometido de los socialistas.

En el contexto de la crisis de Marruecos, en 1911, se evidenció la incompatibilidad de las opiniones acerca del colonialismo y el imperialismo. A las puertas de la Primera Guerra Mundial, se impuso dentro del Partido el desplazamiento hacia la derecha. Por un lado, Guesde adoptó un giro hacia la derecha al posicionarse a favor de la propuesta de colonización socialista de Marruecos por parte de los franceses. Por otro lado, el debate entre Andler y Jaurès evidenció el escoramiento hacia la derecha del primero. En el Congreso de Brest del SFIO, en 1913, salieron a la luz varios posicionamientos.

ALEMANIA

En el Congreso de Chemnitz, celebrado en 1912, se dio el debate acerca del imperialismo, y en él se destacaron cuatro posiciones. La primera fue la de los imperialistas sociales, reformistas de derechas. Estos proclamaban que en la época del imperialismo los trabajadores debían actuar a favor del Estado con el objetivo de evitar la guerra. La segunda fue el argumento propuesto por Bernstein, que subrayó el carácter ideológico del imperialismo por encima del económico. En tercer lugar, nos encontramos con el grupo de Haase, Kautsky, Ledebour y Liebknecht, que veían como tarea primera posicionarse en contra de la guerra. En último lugar, estaban los radicales de izquierda, quienes se tomaban posición a favor de la organización de masas como medio para organizarse en contra de la guerra.

La posición que se impuso en este mismo Congreso fue la tercera, la defendida por el grupo de Kautsky. Aunque estos se posicionaban en contra de la guerra, no eran revolucionarios. Esto se clarificó aún más a las puertas de la guerra. La actividad desarrollada por estos en este contexto fue preeminentemente propagandística, y en cambio, la demanda de los radicales de izquierda se dirigió a comenzar a organizarse en contra de la guerra que se avecinaba. El grupo de Kautsky mostró dificultades a la hora de defender su postura antimilitarista, ya que, en el momento de votar ciertas medidas a tomar en el contexto de la guerra, se evidenció una ruptura existente en el seno de este grupo. En 1913, el gobierno presentó un proyecto para la expansión militar, que preveía la subida de impuestos indirectos sobre la propiedad privada. Los responsables de sacar adelante o bloquear esta propuesta en 1913 fueron los socialdemócratas, y, por lo tanto, tuvo un impacto directo en la política del Reich, y además, no solo en un plano teórico. Esta decisión acrecentó las diferencias existentes dentro de la socialdemocracia.



SPD alderdiaren 1912ko Chemnitzeko Kongresua

ITALIA

Italia, a diferencia de muchos otros países, no cambió su posicionamiento respecto al imperialismo en la Primera Guerra Mundial. Los primeros debates acerca del imperialismo se dieron en 1892, coincidiendo con la creación del Partido Socialista Unificado. Estos debates se sitúan en el contexto de los intentos de conquista de Etiopía. El debate que predominó fue el de si el imperialismo es o no la solución a las contradicciones del capitalismo. En ellos participaron dos personas. La opinión de Olindo Magondi apuntaba a un nuevo imperialismo, impulsado por la burguesía con el objetivo de expandir el capitalismo. Es decir, en su opinión, el imperialismo sí representaba una solución a las contradicciones internas del capitalismo, ya que la burguesía conseguía captar al proletariado de estos otros países a través de salarios más altos.

Filippo Turati, creador del Partido Socialista, que seguía tendencias reformistas, contrapuso un razonamiento propio al de Magalodi. En su opinión, la solución planteada por el anterior sólo podría funcionar a corto plazo. Es decir, en el momento que estos nuevos mercados colapsaran volvería a iniciarse un nuevo periodo de crisis, que se

daría en forma de una crisis de escala mundial. No planteaba la solución a esta crisis desde el colonialismo. En su opinión, la solución a plantear frente a las crisis del capitalismo pasaba por dejar de lado el proteccionismo y apostar por mercados libres donde invertir el capital.

El líder de la facción de izquierda del Partido Socialista de Italia Antonio Labriola se posicionaba a favor de la ocupación de Libia, ya que defendía que este era un buen territorio al que emigrar para los italianos. La segunda fase del debate se inició en 1911, y se intensificó al iniciarse la guerra. El Partido Socialista de Italia inició una campaña propagandística en contra de la guerra al comienzo de la misma. Junto con esto, en pleno contexto de crisis económica, amplios sectores de trabajadores y trabajadoras llevaron a cabo diferentes huelgas y levantamientos. En el año 1912, la izquierda se hizo con la dirección del Partido Socialista de Italia y los reformistas de derechas fueron expulsados del partido. Finalmente, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, el partido se posicionó contra del imperialismo, junto con el Partido Socialista de Rusia.



Olindo Malagodi

Las puertas de la Primera Guerra Mundial, esta división en las posiciones era aún más pronunciada, en la medida en que las actitudes nacionalistas de derechas se acrecentaron dentro de los partidos socialistas



Olindo Malagodi

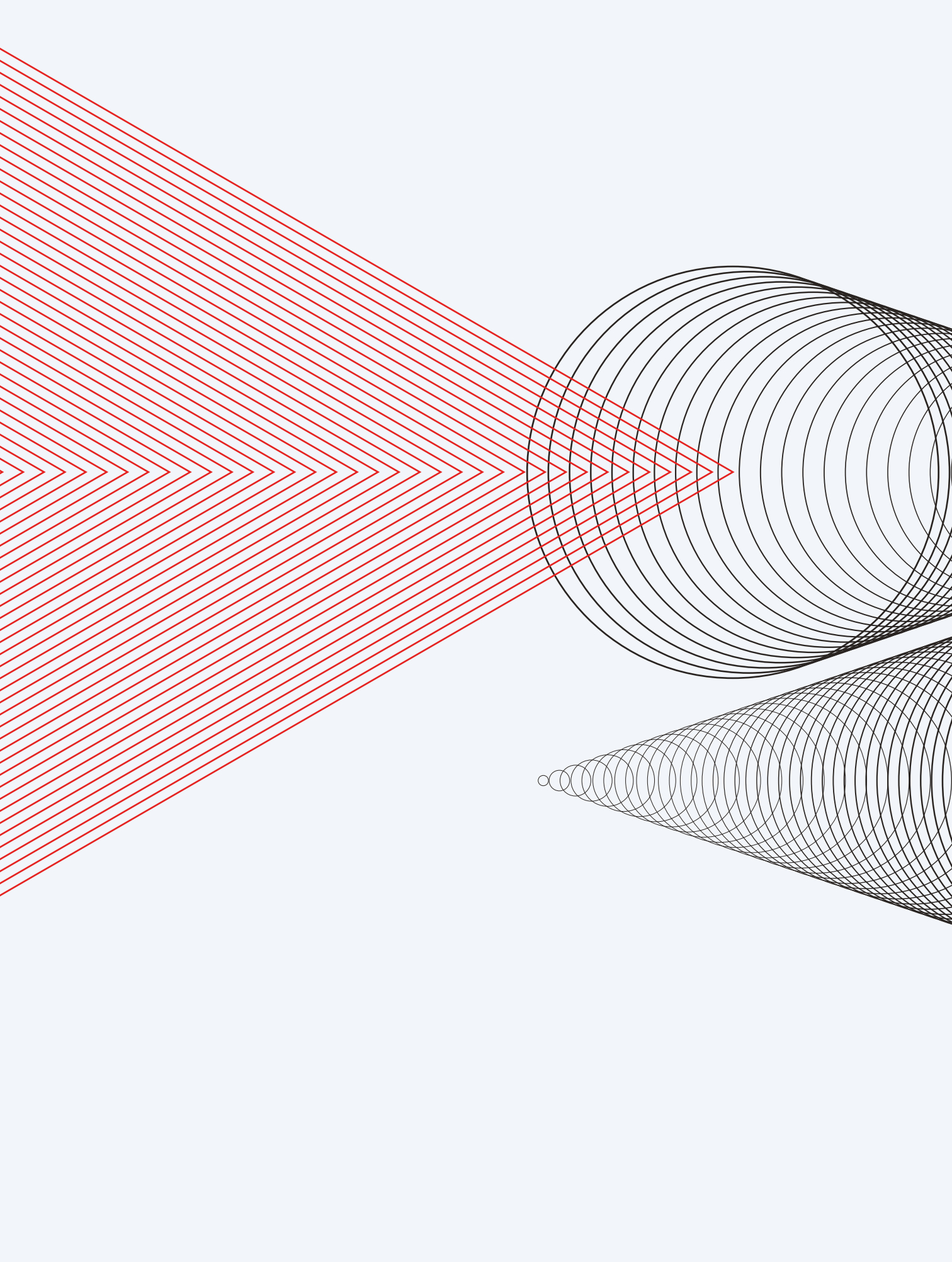
CONCLUSIÓN

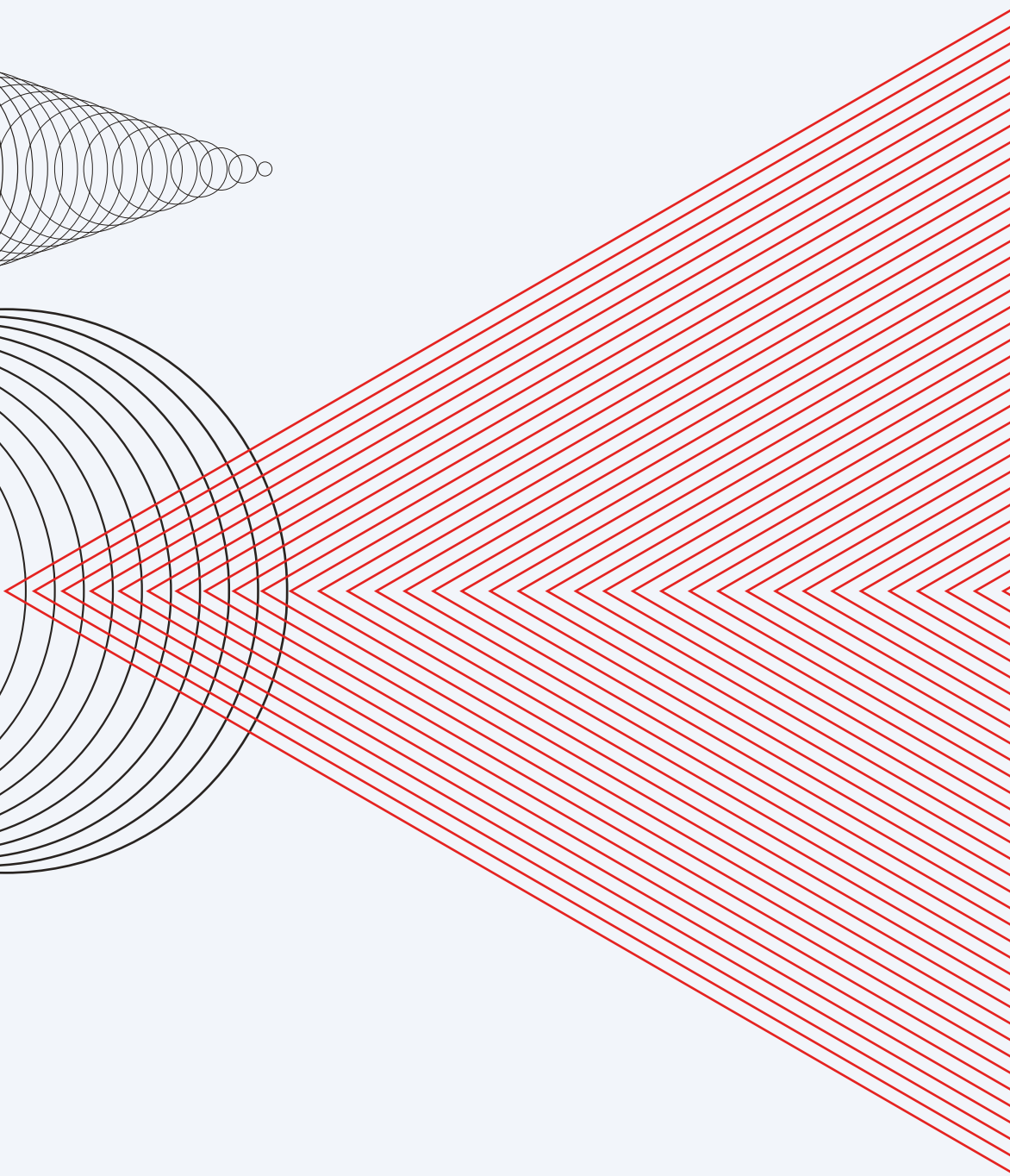
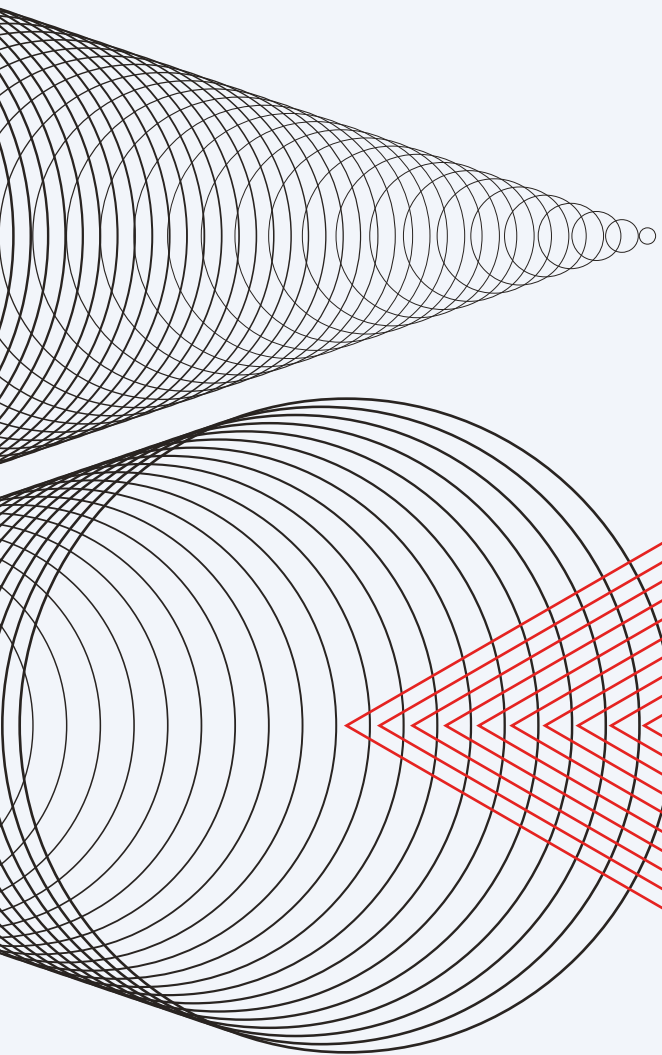
Sorprende ver las profundas transformaciones que sufrieron las posiciones adoptadas por los diferentes países acerca del imperialismo dependiendo del contexto histórico. Además, debido a la existencia de diferentes tendencias en el seno de los partidos de la II. Internacional, se impusieron alternativamente unas u otras, dependiendo de las condiciones históricas de cada época.

Al comienzo de la época del imperialismo, los socialistas defendían que el imperialismo era la política violenta y reaccionaria de los países o potencias capitalistas. Identificaban que el objetivo del imperialismo era satisfacer la necesidad de nuevos mercados de estos países derivada de la imposición del capitalismo por un lado, y por otro, de la necesidad de conseguir nuevas materias primas de estos. A consecuencia del Imperialismo, los conflictos entre países se acrecentaron y los socialistas identificaron la necesidad de construir un marco explicativo más completo acerca de los fundamentos de este fenómeno. Aquí situamos diversas teorías acerca de los factores del imperialismo: la necesidad de nuevos mercados donde invertir el capital excedente, la génesis del capital financiero o el choque entre fuerzas productivas y relaciones sociales.

En este contexto, diversos autores también debatieron sobre el papel que cumplía el imperialismo (y en sí mismo, el capitalismo) en la construcción del socialismo. Estos debates evidenciaron el choque entre diferentes estrategias; más que hacer frente a los problemas coyunturales del capitalismo (falta de mercados y materias primas), se debatió sobre la estrategia a adoptar por parte de los partidos para el tránsito al socialismo.

A las puertas de la Primera Guerra Mundial, esta división en las posiciones era aún más pronunciada, en la medida en que las actitudes nacionalistas de derechas se acrecentaron dentro de los partidos socialistas. Las posiciones chovinistas adquirieron una gran presencia, impulsando una actitud proactiva hacia las políticas imperialistas de sus respectivas naciones. La Primera Guerra Mundial fue el correlato de la disolución de la II. Internacional, y aunque Italia y la Unión Soviética defendieron posiciones antiimperialistas, muchos de los demás partidos socialistas desarrollaron una tendencia hacia la derecha, posicionándose a favor del imperialismo. ●





Publicación

JUNIO DE 2023

EUSKAL HERRIA

**Coordinación,
redacción y diseño
GEDAR LANGILE
KAZETA**

**Web
GEDAR.EUS**

**Redes sociales
TWITTER E
INSTAGRAM
@ARTEKA_GEDAR**

**Contacto
HARREMANAK@
GEDAR.EUS**

**Suscripción
GEDAR.EUS/
SUSCRIPCION**

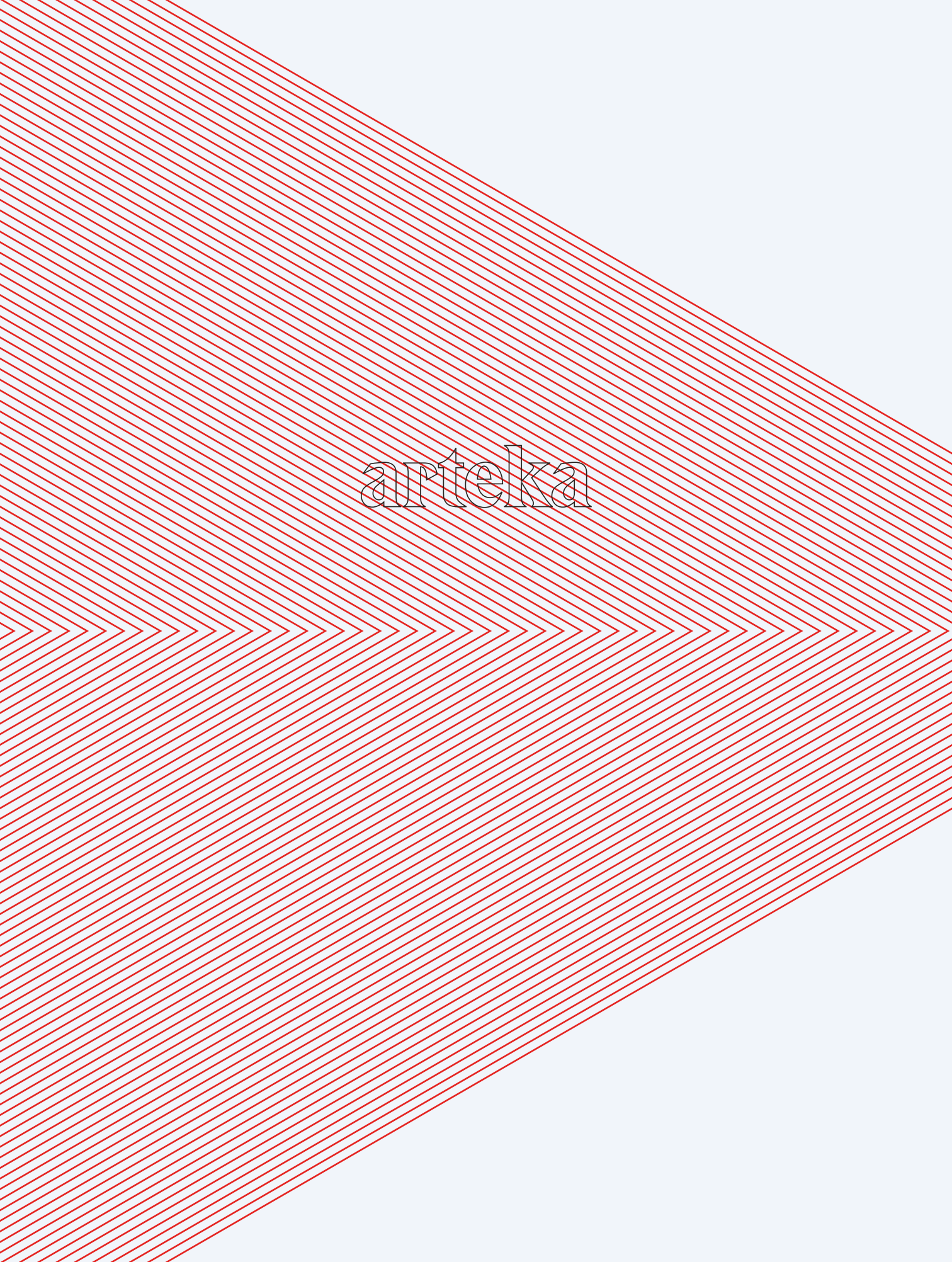
**Edición
ZIRRINTA
KOMUNIKAZIO
ELKARTEA
AZPEITIA**

**Depósito legal
D-00398-2021**

**ISSN
2792-453X**

Licencia



The background of the image is a white page with a large, abstract graphic on the left side. This graphic is composed of numerous thin, parallel red lines that create a strong sense of depth and movement. The lines are arranged in a series of nested, overlapping V-shapes or chevrons that point towards the right. The overall effect is a dynamic, textured field of red lines that fills the left half of the page.

arteka